

se

EL CABALLERO DESVELADO

LESLIE CHARTERIS

Una aventura del famoso personaje
"El Santo"



Lectulandia

EL SANTO, protagonista de esta serie de relatos policíacos, pone en juego su vida por el simple placer de la aventura. Protector de los débiles e indefensos, nuestro héroe corre toda clase de peligros, salva con habilidad todo género de dificultades y su audacia origina las situaciones más imprevistas.

Lectulandia

Leslie Charteris

El caballero desvelado

Una aventura del famoso personaje «El Santo»

El Santo - 13

ePub r1.0

Titivillus 26.02.2019

Título original: *The Sleepless Knight*

Leslie Charteris, 1934

Traducción: José María Cañas

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

El caballero desvelado

El editor sin escrúpulos

El noble deportista

La doncella en apuros

Los hermanos amantes

El amante de las hormigas

Sobre el autor

Notas

Nota del editor digital

La presente edición comprende seis relatos. Su correspondencia con las ediciones originales es la siguiente:

Cinco pertenecen a la recopilación Boodle(14 relatos - 1934): El caballero desvelado (The Sleepless Knight), El editor sin escrúpulos (The Uncritical Publisher), El noble deportista (The Noble Sportsman), La doncella en apuros (The Damsel in Distress), Los hermanos amantes (The Loving Brothers)

El sexto relato: El amante de las hormigas (The Man Who Liked Ants) se recoge en varias recopilaciones como The happy Highwayman (1939), The Saint Two in One (1942), The Saint at Large (1943), The Second Saint Omnibus (1951), o más recientes como Fantastic Saint: Anthology (1983)

EL CABALLERO DESVELADO

El hecho de que una gran cantidad de notas de periódicos ocupen un lugar destacado en estas páginas se debe principalmente a que la mayor parte de las cosas interesantes que suceden son referidas en los diarios y a que son esas efímeras hojas las que proporcionan muchos indicios en su investigación al severo buscador de iniquidades.

Simón Templar sólo leía los periódicos porque hallaba congregados en ellos los triunfos y las ansiedades, los pecados, las desgracias y todas las cosas desagradables que ocurrían a su alrededor, así como los resultados de los carreras en las que escogidos caballos le proporcionaban parte de su amplia provisión de camisas, y no porque le preocupara la situación de los barcos de la Transatlantic o el tono de las conferencias internacionales. Precisamente leyendo un periódico, se enteró de la existencia de sir Melvin Flager.

Se trataba de un caso desagradable y las noticias referentes a él pueden ser citadas enteramente, incluso con sus grandes titulares:

ABUSOS DE LA COMPAÑÍA DEL TRANSPORTE

LOS CONDUCTORES DUERMEN CUATRO HORAS A LA SEMANA

«ESCLAVITUD MODERNA»,
según Mr. Justice Goldie

Severas críticas del trato dado a los conductores de una compañía de transporte fueron hechas ayer por Mr. Justice Goldie en el juicio celebrado contra Albert Johnson, un conductor de camión, en Gildford Assizes.

A Johnson se le acusaba de la muerte de un ciclista al cual atropelló y causó mortales heridas cerca de Albury, el 28 de marzo.

Johnson no negó que fuera conduciendo en condiciones que constituían un peligro público, pero arguyó que estas condiciones eran debidas a circunstancias que no dependían de su voluntad.

Unos agentes de policía que presenciaron el atropello manifestaron que el camión conducido por Johnson avanzaba de una manera insegura por una ancha carretera recta a unas 30 millas por hora. El ciclista iba delante de él, en la misma dirección, y un automóvil particular venía hacia ellos.

Al desviarse para dejar paso al coche particular en una forma que los testigos describieron como «una maniobra innecesariamente exagerada», el camión atropelló al ciclista y le produjo unas heridas mortales.

El médico de la policía que examinó a Johnson lo describió como «aparentemente intoxicado, aunque no había ningún signo de alcohol en su aliento».

—Yo no estaba bebido —dijo Johnson, al declarar en su propia defensa—. Simplemente estaba reventado de cansancio. Nosotros hacemos largos viajes y estamos obligados a realizarlos a un promedio de treinta millas por hora, incluidas las paradas para comer y descansar. La mayor parte de nuestro trabajo lo hacemos de noche, pero frecuentemente también nos vemos obligados a hacer largos viajes de día. La semana en que ocurrió el accidente, yo solamente había dormido cuatro horas. Y no podemos protestar, porque la compañía puede hallar siempre una gran cantidad de conductores parados dispuestos a ocupar nuestras plazas.

Otros empleados de la Flager Road Transport Company, en la cual está colocado Johnson, corroboraron su declaración.

—Esto es ni más ni menos que una esclavitud moderna —dijo Mr. Justice Goldie, al pedir al Jurado que pronunciara un veredicto de inculpabilidad—. No es Johnson, sino sir Melvin Flager, el director de la compañía, quien debiera ser juzgado en estos momentos. Si ustedes comprenden lo que es dormir sólo cuatro horas en una semana y verse obligado a conducir en esas condiciones un enorme camión, se darán cuenta de que a Johnson no se le puede imputar un delito de temeridad como tampoco se le puede hacer responsable de esta tragedia.

Y terminó su informe diciendo:

—A mí me gustaría que se juzgara criminalmente a los patronos que imponen tan inhumanas condiciones a sus empleados.

Sir Melvin Flager no se sintió forzosamente disgustado por este comentario judicial, pero se habría sentido mucho más perturbado si hubiera conocido el interés que «El Santo» tenía en el caso.

Algunos lectores de estas historias pueden haber tenido la impresión de que los motivos de Simón Templar eran puramente egoístas y mercenarios, pero los que piensan así cometen con él una gran injusticia. Indudablemente sus hazañas le proporcionaban frecuentemente un provecho y él mismo habría sido el primero en admitir que no trabajaba por amor al arte, pero eran muchas las ocasiones en las que solamente le quedaba un pequeñísimo porcentaje de sus beneficios, eso sin contar las infinitas veces en las que se embarcaba en una aventura ilegal sin sentirse inducido por la idea de obtener el menor provecho material.

El disgusto que le produjo sir Melvin Flager le proporcionó unas horas de cavilación en un plan completamente altruista.

—Realmente —dijo— sólo hay un modo completamente satisfactorio de tratar a un tipo como ése... Meterlo en un bidón de aceite y encender un buen fuego debajo.

—La ley no te permite hacer eso —repuso Peter Quentin, pensativo.

—Por desgracia, así es —admitió Simón, lamentándolo sinceramente—. De todos modos, yo suelo hacer esa clase de cosas sin preocuparme de la ley. Sus agentes están demasiado atareados cogiendo a los taberneros que venden un vaso de cerveza después de la hora de cierre para hacer algo para reprimir los delitos serios... Pero me temo que tienes razón, Peter. Yo me he convertido en un personaje muy conocido estos días, y el inspector jefe Claud Eustace Teal no es el camarada complaciente de antes. Tendremos que obrar cautamente, pero desde luego no cabe duda que haremos algo.

Peter movió la cabeza aprobando. Aunque parezca extraño, en otros tiempos había tenido un profundo respeto por la ley, pero muchos meses de asociación con «El Santo» habían producido un cambio muy profundo en su burguesa inhibición de antes.

—Puedes contar conmigo —dijo.

«El Santo» le dio unos golpecitos en la espalda.

—Lo sabía sin necesidad de preguntártelo, viejo pecador —repuso alegremente—. Guárdame este próximo fin de semana libre para mí si realmente piensas así.

Y si quieres ser especialmente útil, puedes salir esta tarde con una falsa barba sujeta a las orejas y alquilar un garaje construido de tal manera que los gritos de dolor no puedan ser escuchados desde fuera.

—¿Eso es todo? —preguntó Peter suspicazmente—. ¿Qué es lo que piensas hacer? ¿Ayudar a los perdedores en Hurst Park?

«El Santo» movió la cabeza.

-A los ganadores —contestó firmemente—. Yo siempre apoyo a los ganadores. Pero estaré muy atareado. Quiero adquirir un Gadget. Lo vi en cierta ocasión en una exposición de automóviles, pero probablemente me ocupará un par de días hallar un lugar donde comprarlo.

En realidad, le costó treinta y seis horas y tuvo que trabajar y gastar bastante. Peter Quentin encontró y alquiló el garaje un poco más deprisa, pero la tarea era mucho más fácil y además estaba acostumbrado a los encargos excéntricos de «El Santo».

—Me he hecho tan experto en esta clase de cosas, que yo creo que podría hallar para ti esta misma noche un camello con tres gibas si lo desearas —dijo modestamente cuando fue a anunciarle su éxito.

Simón sonrió complacido.

Los detalles mecánicos del plan no fueron completados hasta la tarde del viernes, pero cada hora y cada penique gastado los añadió a la cuenta privada que tenía con sir Melvin Flager, cuenta que el caballero que tenía esclavizados a sus conductores felizmente ignoraba.

Apenas es posible que pueda haber un puñado de almas simples y puras que crean que desde que las cándidas críticas de Mr. Justice Goldie fueron pronunciadas ante un tribunal y publicadas en todos los periódicos de importancia, sir Melvin Flager

ocultaba el rostro vencido por la vergüenza, era esquivado por sus amigos y era tratado con un desprecio respetuoso incluso por su segundo lacayo. A esos conmovedores inocentes se extiende nuestra más cariñosa simpatía, pero hemos de manifestar que nada de todo eso ocurrió. Sir Melvin Flager, por supuesto, no se desenvolvía en la alta sociedad, pues un tío suyo por parte de su madre le mantenía aún y servía en una freiduría de pescado situada cerca de Elephant y Castle. Pero la sociedad en la cual se movía no le condenó al ostracismo. En cuanto el primer enjambre de reporteros se dispersó, él bebió, se divirtió y llevó sus negocios del mismo modo que lo había hecho antes, pues a los hombres de negocios y a las gentes de sociedad les ha sido siempre notablemente fácil perdonar las transgresiones de un hombre cuyos convites son más suntuosos y mejores que los de los otros.

La noche de aquel viernes, sir Melvin Flager tenía unos cuantos amigos invitados a cenar y después los llevó a ver una revista. La conciencia nunca le había remordido lo más mínimo y sus huéspedes se sentían muy satisfechos de poder presenciar un buen espectáculo sin tener que preocuparse acerca de unas bagatelas tan sórdidas y tan insignificantes como si el dinero con que habían sido pagadas sus localidades era de buena procedencia. Sus bien cargados camiones viajaban por la noche conducidos por hombres medio muertos de sueño para acrecentar su fortuna y sir Melvin Flager estaba sentado en su bien tapizada butaca y celebraba, libre de cuidados, las bufonadas de los comediantes. No pensó en nada referente a sus negocios hasta cerca del final del primer acto, en cuyo instante se le acercó una de las acomodadoras y, disimuladamente, le entregó un sobre sellado.

Flager lo rasgó y leyó la nota:

Uno de nuestros camiones ha sufrido otro accidente. Dos muertos. Temo que esto será muy perjudicial para nosotros si se da a la publicidad cuando hace tan poco tiempo que sucedió el otro accidente. Esto puede ser arreglado, pero debo verle a usted primero. Estaré esperándole en su coche durante el entreacto.

Sir Melvin Flager conocía la letra. La nota estaba firmada por su administrador.

Cuando lo hubo leído rompió el papel en pequeños trozos y los dejó en el cenicero que tenía delante de él. Durante los cinco minutos siguientes, hubiérase podido advertir en sus risas una nota forzada, y tan pronto como el telón cayó se excusó con sus invitados y se dirigió a la hilera de coches aparcados a un lado de la calle, junto al teatro. Vio su carruaje y se dirigió a la parte trasera.

—¿Está usted aquí, Nyson? —gruñó.

—Sí, señor.

Flager volvió a gruñir, y abrió la portezuela. El interior del coche estaba oscuro, y por esto sólo pudo ver la forma de un hombre que se hallaba sentado.

—Despediré a cada condenado conductor que vea mañana —dijo cuando montó en el coche—. ¿Es que esos malditos creen que los mando a la carretera para que se duerman? Esto puede ser serio.

—No tiene usted idea de lo serio que va a ser, hermano —dijo el hombre que estaba junto a él.

La voz no era la de Mr. Nyson y el modo de dirigirse a él no era el que sir Melvin Flager permitía a sus empleados. Por un momento el director de la «Flager Road Transport Company» no se movió y después se inclinó hacia un costado para mirar más de cerca a su acompañante. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, pero el movimiento no le sirvió de ninguna ayuda, pues con un súbito estremecimiento de temor vio que las facciones del hombre estaban completamente cubiertas con un tenue velo de gasa que se extendía desde el ala de su sombrero al cuello de su americana.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó Flager con voz insegura.

—A mi juicio creo que será mejor para usted no saberlo —contestó «El Santo» tranquilamente.

Otro hombre se había situado en el asiento del conductor y el coche vibró casi imperceptiblemente cuando el motor se puso en marcha. Pero este segundo hombre, aunque llevaba una gorra de chófer, tenía una silueta que no se parecía ni remotamente a la del chófer de sir Melvin Flager.

Bajo su mano el automóvil comenzó a apartarse de la hilera, y al advertir el movimiento Flager sintió que se le iba la vida. Debido a la gravedad del momento se sentía incapaz de formarse una clara idea de lo que estaba sucediendo, pero el instinto le dijo que era algo para lo cual no deseaba prestar su tierna persona.

—¡No permitiré que me rapte! —gritó abalanzándose salvajemente sobre el rostro velado del hombre situado junto a él.

Esta fue la última cosa de que tuvo idea durante la siguiente media hora, pues su desesperado impulso estaba aún lejos de su objetivo cuando un puño como una bola de hierro le golpeó limpiamente el mentón y lo lanzó contra los cojines sumido en un profundo sueño.

Cuando despertó, su primer impulso fue llevarse las manos a la cabeza que tan sordamente le zumbaba, pero cuando intentó hacerlo no pudo mover las muñecas, como si las tuviera sujetas a algún objeto sólido. Abriendo sus ojos parpadeantes, las miró. Estaban maniatadas a lo que parecía ser el volante de un coche.

Un segundo después recordó lo que le había sucedido antes de quedarse dormido. Entonces comenzó a debatirse frenéticamente, pero su cuerpo también se negó a responder, y vio que una ancha correa de cuero como el cinturón de seguridad de un avión había sido pasada alrededor de su cintura y lo mantenía sujeto a su asiento. Desesperado miró a su alrededor y comprobó que realmente estaba sentado en el lugar del chófer de un camión. Podía ver el parabrisas delante de él, y más allá una especie de blanca pantalla que le era vagamente familiar.

Experimentó la vaga sensación de haberse hundido en una fantástica pesadilla y dejó escapar un grito ahogado de terror.

—Esto no le servirá de nada —dijo una voz fría a su lado.

Flager volvió la cabeza para ver la cara velada del hombre desconocido que se había sentado a su lado en el coche.

—¡Maldito! —gritó furiosamente—. ¿Qué se propone hacer conmigo?

Era un hombre adiposo con una de esas gruesas caras que parecen como si su propietario hubiera en algún tiempo rogado a Dios que se la proporcionara y su plegaria hubiera sido instantáneamente contestada. Simón Templar, a quien no le agradaban los hombres adiposos con caras gruesas y coloradas, sonrió bajo su máscara.

—Hasta ahora no le hemos hecho mucho —contestó—. Pero le vamos a hacer bastante.

La tranquilidad de aquella voz produjo a Flager un repentino estremecimiento, e instintivamente se encogió entre sus ropas. Algo totalmente desacostumbrado le afectó al hacer aquello y un instante después se dio cuenta de qué se trataba. De cintura para arriba estaba completamente desnudo, de manera que su suave y blanco torso se hallaba expuesto a las inclemencias del aire.

«El Santo» volvió a sonreír.

—Pon en marcha el motor, Peter —ordenó.

Flager vio que el chófer que había conducido el coche estaba también allí y que iba igualmente enmascarado.

Un conmutador produjo un golpe seco y la oscuridad descendió sobre el garaje. Entonces un segundo conmutador volvió a sonar y la blanca pantalla que había frente al parabrisas del camión se iluminó con un sonido suavemente zumbador. Hechizado, pero temeroso, Flager miró y vio que se trataba de una película cinematográfica.

La película era de una carretera durante la noche y se desarrollaba hacia él como si hubiera sido fotografiada desde detrás de los faros de un coche que estuviera corriendo a toda velocidad. De vez en cuando, curvas, cruces y las luces de otros vehículos corriendo en ambas direcciones avanzaban rápidamente hacia él. La ilusión de que estaba conduciendo el camión por aquella carretera era casi perfecta.

—¿Para qué es esto? —preguntó Flager.

—Usted está ocupando el lugar de uno de sus conductores durante el fin de semana —contestó «El Santo»—. Nosotros hubiéramos preferido hacerlo en una carretera en las condiciones normales de trabajo, pero temo que usted hubiera hecho mucho ruido. Este es el mejor sustituto que hemos logrado hallar, y creo que dará buenos resultados. ¿Sabe usted qué es?

Flager movió la cabeza.

—¡No me importa qué es! Escuche, usted...

—Es un aparato para probar la habilidad de los hombres conduciendo —dijo «El Santo» suavemente—. Cuando yo haga girar otro conmutador, el volante que usted

tiene aquí quedará sincronizado con el film. Entonces usted estará conduciendo sobre la carretera. Mientras se mantenga en la carretera y no intente correr entre los otros vehículos, todo irá bien. Pero cuando haga un movimiento para salirse fuera de la carretera o vaya a chocar contra otro coche, o contra un ciclista, hermano, el film se detendrá un momento, una luz roja se encenderá encima de la pantalla y yo le despertaré a usted de este modo.

Algo silbó a través del aire, y una correa de cuero cortante como una navaja cayó retumbante a través de los bien rellenos hombros de sir Melvin.

Flager profirió un grito de angustia, y «El Santo» se rio suavemente.

—Bien, vamos a empezar —dijo—. Usted conoce las reglas y las penas. Las reglas son las mismas que usted impone a sus empleados y en cuanto a las penas realmente son mucho menos severas. ¡Despierte, Flager!

El tercer conmutador chasqueó en el silencio, y Flager se aferró ciegamente al volante. Casi inmediatamente la película vaciló, y una luz roja se encendió encima de la pantalla.

Se oyó un silbido y la correa cayó sobre sus hombros.

—¡Maldito! —bramó Flager—. ¿Por qué hace usted esto?

—En parte por broma —contestó «El Santo»—• ¡Cuidado... va usted a chocar contra ese coche!

Flager chocó, y la correa silbó a través de la oscuridad y se enroscó a sus espaldas. Su aullido fue espantoso, pero Simón no estaba dispuesto a mostrarse misericordioso.

—Si sigue así caerá en la cuneta —dijo—. No... Ahí viene una curva... ¡Obsérvela...! ¡Hermoso viraje, hermano, hermoso viraje! Ahora tenga cuidado de no chocar contra la parte trasera de ese coche... Tiene usted mucho espacio para pasar... Péguese a él... No se lleve por delante al ciclista... Va a chocar contra él... Cuidado con la valla... Se dirige usted directamente hacia ella... ¡Cuidado!

La correa cayó de nuevo sobre sus hombros impulsada por un fuerte brazo cuando la luz roja se encendió otra vez.

Chillando como un cerdo atacado por el cuchillo del matarife, sir Melvin Flager siguió conduciendo su camión por la carretera.

—¿Hasta cuándo va a hacer usted durar esto? —sollozó.

—Hasta el lunes por la mañana —contestó «El Santo» tranquilamente—. Me gustaría poder hacerlo durar todo un mes. Nunca he visto un trasero más delicado que el que usted tiene. Cuidado con el ciclista.

—Pero usted me está haciendo conducir demasiado deprisa —gritó Flager—. ¿No puede usted hacer que el motor vaya un poco más despacio?

—Corremos a un promedio de treinta millas por hora —contestó «El Santo» sin ningún remordimiento—. ¡Cuidado!

Sir Melvin Flager estaba sumido en una pesadilla que era mucho peor de lo que había pensado al abrir los ojos por primera vez. El artilugio mecánico al cual estaba

atado con correas no era como los coches que él estaba acostumbrado a utilizar, y a Simón Templar mismo le hubiera sido fácil admitir que era más difícil de conducir. Una y otra vez la implacable correa le cruzaba las espaldas y cada vez que sentía su contacto profería un aullido lastimero que era como una recompensa para los que se habían propuesto darle una lección.

Al cabo de un rato Flager empezó a dominar el volante y hubo largos períodos durante los cuales la luz roja no se encendía ni una sola vez. Al ver que estos intervalos de inmunidad se prolongaban, encogió sus doloridas espaldas y empezó a cobrar coraje. Aquellos salvajes que lo habían secuestrado, fueran quienes fueran, habían tenido una ventaja sobre él al principio. Lo habían amarrado a un coche que no le era familiar y, obligado a conducirlo a cuarenta millas por hora, naturalmente había cometido algunas equivocaciones. Pero aquello no iba a durar siempre. Finalmente había cogido el tranquilo y ahora todo era más o menos un fácil deslizamiento. Incluso tenía tiempo para considerar sádicamente las perspectivas que se le ofrecerían cuando lo dejaran libre y la policía los atrapara, porque indudablemente los atraparía. Le parecía recordar que *cat-of-nine-tails*^[1] era el castigo invariablemente aplicado por la ley a los crímenes de violencia. Y como azotar con aquella correa era un crimen de violencia, pensaba morbosamente en las diversas historias que había oído sobre los horrores de aquel castigo...

¡Zas!

La luz roja se había encendido, y la correa había vuelto a azotarle de nuevo. Flager se recobró inmediatamente profiriendo una maldición. No era conveniente descuidarse cuando había logrado dominar el volante. Pero estaba empezando a cansarse. Los ojos comenzaban a dolerle a fuerza de mantenerlos vigilantemente clavados en la pantalla cinematográfica. El interminable desarrollo de aquella absurda carretera, el zumbido del invisible proyector, el esfuerzo físico que representaba manipular el pesado volante, la mortal monotonía de la tarea, todo ello combinado con la pesada cena que había ingerido le producía una sensación de creciente somnolencia. Pero la carretera no se acababa nunca y la correa de cuero siempre hallaba su blanco cada vez que su cansancio le obligaba a cometer una equivocación.

—Se está usted haciendo descuidado en sus virajes —le advirtió «El Santo» con voz monótona—. La próxima vez caerá usted a la cuneta. ¡Cuidado!

La vacilante pantalla sufrió algunas vibraciones y volvió a recobrar su visión. No había nada más en el mundo que aquella carretera interminable desarrollándose a través de la oscuridad, las luces de los otros vehículos que avanzaban hacia él, la luz roja sobre la pantalla y el silbido de la correa al cruzarle las espaldas. Su cerebro parecía estar girando como una peonza en su interior cuando por último, asombrosamente, la pantalla se apagó y las luces del garage se encendieron.

—Ahora, puede dormir —dijo «El Santo».

Sir Melvin Flager no fue capaz de hacer ninguna pregunta. Un prisionero de la Edad Media seguramente habría sido más capaz de interrogar a un hombre que le

hubiera liberado del potro del tormento. Con un gruñido se hundió en su asiento y en el acto se quedó dormido.

Le pareció que apenas había cerrado los ojos cuando se despertó de nuevo porque alguien estaba sacudiéndole. Levantó la vista ofuscado y vio al extraño chófer inclinado sobre él.

—Despierte —dijo Peter Quentin—. Son las cinco de la mañana del domingo, y aún tiene que cubrir unas cuantas millas más.

Flager no tenía aliento para discutir la fecha. Las luces del garaje habían sido apagadas de nuevo, y la carretera empezó a desarrollarse otra vez en la pantalla cinematográfica.

—¡Pero usted me ha dicho que podía dormir! —gruñó.

—Dormirá usted treinta y cinco minutos cada noche —contestó Peter cruelmente—. Es el promedio que corresponde a cuatro horas a la semana, que son las que usted concede a Albert Johnson. ¡Cuidado!

A Flager se le permitió dormir dos veces más, exactamente treinta y cinco minutos cada vez. Cuatro veces vio a sus dos enmascarados verdugos turnarse, de manera que un hombre fresco se hacía cargo de la tarea mientras el otro dormía tranquilamente en un confortable lecho que había en un rincón. Cada tres horas tenía cinco minutos de descanso y un vaso de agua y cada seis horas tenía nueve minutos de descanso, una taza de café y un bocadillo. Pero cuando los cinco o los nueve minutos habían transcurrido, el proyector se ponía en marcha de nuevo y él tenía que comenzar a conducir.

El tiempo había dejado de tener una significación. Cuando después de su primer sueño se le dijo que sólo eran las cinco de la mañana del domingo, él habría podido creer que llevaba conduciendo toda una semana. Antes de que su prueba hubiera acabado, tuvo la sensación de que llevaba en el volante siete años. La noche del sábado creyó que iba a volverse loco, la mañana del domingo pensó que iba a morir y la noche del domingo era una ruina temblorosa. La correa cayó muchas veces sobre sus espaldas durante las últimas horas, y el periódico castigo era casi la única cosa que lograba mantener abiertos sus ojos pero estaba demasiado cansado incluso para gritar...

Y luego, al final de lo que a Flager le había parecido un siglo, la mañana del lunes amaneció y «El Santo» miró su reloj e hizo girar los conmutadores.

—Ahora puede irse a dormir —dijo por última vez.

Sir Melvin Flager estaba dormido casi antes de que la última palabra hubiera salido de sus labios.

Sumido en el letargo de un total extenuamiento, Flager ni siquiera sintió que estaba siendo desamarrado, no notó que le estaban poniendo las prendas sobre su inflamada espalda, ni tampoco se despertó cuando fue metido en su coche y conducido velozmente.

Después fue sacudido otra por el hombro y se despertó. Lloriqueando, buscó a tientas el volante... y no lo encontró. El sacudimiento de sus hombros continuó.

—Muy bien —gimoteó—. Muy bien. Intentaré hacerlo. Déjame dormir un poco... Únicamente un ratito...

—¡Sir Melvin! ¡Sir Melvin!

Flager hizo un esfuerzo para abrir sus ojos inyectados en sangre. Tenía las manos libres. Estaba sentado en su propio automóvil, que se hallaba parado ante su propia casa. Su criado era el que estaba sacudiéndole.

—¡Sir Melvin! Intente despertarse, señor. ¿Dónde ha estado? ¿Está usted enfermo, señor?

Flager halló fuerzas para mover la cabeza negativamente.

—No —contestó—. Sólo deseo dormir.

Y con un profundo gruñido entornó otra vez sus hinchados párpados, y se sumió en un suave abismo de delicioso reposo.

Cuando despertó se encontraba en su propio lecho, en su dormitorio. Durante un largo tiempo permaneció sin moverse, flotando en el celestial placer que le proporcionaban el suave colchón y las sábanas de lino, saboreando el último segundo de delicia sensual que le hizo pensar que éste era el más bello despertar de su vida.

—Está hinchado —dijo por fin alguien en voz baja.

Flager abrió los ojos exhalando un suspiro.

Su cama estaba rodeada por una audiencia semejante a la que un monarca del siglo XVII hubiera podido ver alrededor de su cama al despertar. Estaban su criado, su secretario, su doctor, una enfermera y un pesado y estólido hombre de apariencia autoritaria tocado con un sombrero hongo. El doctor tenía una mano en su pulso y los otros se hallaban de pie junto a él, en actitud expectante.

—Muy bien, sir Melvin —dijo el médico—. Ahora puede usted hablar un poco, si quiere, pero no debe usted excitarse. Este caballero que hay aquí es un detective que desea hacerle a usted algunas preguntas sobre lo que le ha ocurrido.

El hombre con el sombrero hongo se aproximó algo más.

—¿Qué le ha sucedido a usted, sir Melvin? —inquirió.

Flager le miró fijamente unos segundos. Las palabras ascendieron a sus labios, pero algo le dijo que no las pronunciara.

—Nada —contestó lentamente—. He estado fuera pasando el fin de semana, eso es todo. ¿Qué diablos significa este barullo acerca de ello?

—¡Pero su espalda, sir Melvin! —protestó el doctor—. Parece como si usted hubiera sido golpeado terriblemente...

—He tenido un ligero accidente —estalló Flager—. ¿Y qué diablos le importa a usted, después de todo? ¿Quién demonios le ha llamado?

Su criado tragó saliva.

—He sido yo, sir Melvin —tartamudeó—. Como no pude despertarle ayer en todo el día... y como usted desapareció del teatro sin decir una palabra a nadie... y

luego no volvió hasta pasados dos días...

—¿Y por qué demontre no puedo desaparecer durante dos días? —gritó Flager débilmente—. Desapareceré un mes si así lo deseo. ¿Acaso le pago a usted para que espíe mis movimientos? ¿Y no puedo dormir todo el día si lo deseo sin que al despertarme encuentre un atajo de matasanos y policías infestando mi habitación como una bandada de buitres? ¡Salgan de mi casa! Salgan todos, ¿han oído?

Alguien abrió la puerta y los del grupo abandonaron el dormitorio sacudiendo sus cabezas y murmurando, con el acompañamiento de las continuas exhortaciones de la áspera voz de Flager.

Su secretario fue el último en salir y Flager lo llamó.

—Llame a Nyson por teléfono —le ordenó—. Quiero hablar con él.

El secretario vaciló un instante, y después cogió el teléfono que había al lado de la cama y marcó el número.

Flager tomó el aparato tan pronto como su administrador contestó.

—¿Nyson? —dijo—. Póngase inmediatamente en contacto con todas nuestras estaciones. Desde ahora en adelante, todos nuestros conductores trabajarán cinco horas al día y tendrán un veinte por ciento de aumento desde la fecha en que entraron a nuestro servicio. Emplee tantos hombres como necesite para hacer el horario de ruta.

Oyó a Nyson murmurar incrédulamente al otro lado de la línea.

—Le pido perdón, sir Melvin. ¿Ha dicho usted...?

—¡Sí, lo he dicho! —gritó Flager—. Me ha oído usted muy bien. Y después de eso, puede usted enterarse de si el ciclista que mató Johnson ha dejado hijos. Deseo hacer algo por ellos...

Su voz se desvaneció y el auricular del teléfono se deslizó de sus dedos. El secretario lo miró apresuradamente, y vio que sus ojos estaban cerrados y que el bulto hemisférico de su abdomen se elevaba y descendía rítmicamente.

Sir Melvin Flager había vuelto a dormirse.

EL EDITOR SIN ESCRÚPULOS

Incluso los hombres más fuertes tienen sus momentos de debilidad.

Peter Quentin escribió una vez un libro. Muchos jóvenes lo hacen, pero generalmente con resultados más desastrosos. Por otra parte, él lo escribió sin decir una palabra a nadie, lo cual es tal vez menos común. Ni siquiera «El Santo» supo nada de ello hasta después de cometido el crimen.

—La próxima vez que pienses ser severo conmigo —dijo Peter Quentin la noche de la revelación—, procura recordar que estás hablando con un escritor cuyo trabajo ha sido comparado a las obras de Dumas, Tolstoi, Conan Doyle y otros.

Simón Templar se inclinó sobre su vaso de cerveza.

—De ti sólo germinarán trinitarias —dijo severamente—. Los novelistas son una llaga.

—Hablo en serio —insistió Peter—. He preferido mantenerme en silencio hasta oír el veredicto, y esta mañana he recibido una carta de los editores.

No era posible confundirse respecto a su buena fe, y «El Santo» le miró con afectuosa tristeza. Su visión del futuro le llenó de abrumador pesimismo. Había conocido el destino de otros jóvenes, sanos, rectos, sobrios, jóvenes de impecable carácter, que habían publicado libros. Los había visto pisar la pendiente que les hacía llevar camisas de color de rosa, americanas de terciopelo, largos cabellos y barbas, hasta que por fin habían caído en el horroroso limbo de Bloomsbury y desaparecido de la vista. La perspectiva de semejante sino para un ser como Peter Quentin, que le había secundado en mayores y mejores crímenes, proyectó una sombra de profunda melancolía a través de su espíritu.

—¿Kathleen no ha intentado disuadirte? —inquirió.

—¡Claro que no! —respondió Peter con orgullo—. Me ha ayudado. Se lo debo todo...

—Todo a ella —concluyó cínicamente «El Santo»—. Muy bien. Conozco la historia. Pero si publicas «Mi Obra» sin escucharme, te arrojaré bajo un autobús... Será mejor que me dejes ver esa carta. Y encárgame más cerveza mientras la leo... Necesito estar fuerte.

Cogió el documento con las puntas de los dedos como si estuviera sucio y lo abrió sobre el mostrador. Pero después de su primera ojeada al encabezamiento sus centelleantes ojos azules parecieron despertarse y leyó la carta con interés extraordinario.

«Querido señor:

Con referencia a su novela “EL ALEGRE AVENTURERO”, hemos de manifestarle que, según el informe de nuestros lectores, es muy entretenida y está escrita con el estilo interesante de Dumas, la fuerza dramática de Tolstoi y la ingenuidad de Conan Doyle.

Por este motivo nos agrada editar dicha obra en el mejor tipo de once puntos para formar un volumen de unas 320 páginas, impreso en el mejor papel, encuadernado en tela roja con el título en letras doradas y presentado con una artística cubierta especialmente dibujada, que a usted le costará sólo 300 libras. La publicación a nuestras propias expensas en el Reino Unido saldrá a un precio neto de 5 chelines. De esta manera podrá conseguirse un muy aceptable y popular volumen del cual se hará una amplia venta.

Ulteriormente nos pondremos de acuerdo con usted para enviarle en la fecha de publicación doce ejemplares y enviaremos ejemplares para la crítica a todas las principales revistas y periódicos. Por derechos de autor le pagaremos a usted un 25% (veinticinco por ciento) sobre los ejemplares vendidos de su obra.

La impresión puede iniciarse inmediatamente después de haber recibido su aceptación a estos términos.

Confiando en recibir sus prontas noticias, quedan de usted, querido señor, fielmente suyos

Por HERBERT G. PARSTONE & Co.

Herbert G. Parstone,
Director Gerente»

Simón dobló la carta y se la devolvió a Peter exhalando un suspiro de alivio.

—Muy bien, Peter —dijo cuidadosamente—. Compraré uno. ¿Cuál es la estafa para que yo pueda participar en ella?

—No sé que haya ninguna estafa —contestó Peter, perplejo—. ¿Qué quieres decir?

Simón frunció el ceño.

—¿Significa eso que enviaste el libro a Parstone con absoluta seriedad?

—Naturalmente. Vi un anuncio suyo en algún periódico literario, y como no sé mucho acerca de los editores...

—Antes de ahora, ¿no habías oído hablar nunca de él?

—No.

Simón cogió su vaso de cerveza y bebió un buen trago.

—Herbert G. Parstone —dijo— es, en Inglaterra, el mayor exponente de los editores bribones. Como parece que no lo conoces, déjame decirte que ningún editor honesto en éste o en cualquier otro país publica libros a expensas del autor, excepto cuando se trata de obras altamente técnicas cuyos autores piensan más en la

posteridad que en su provecho personal. Yo supongo que tu libro no es técnico en absoluto. Por lo tanto, no debes pagar al editor: es él quien debe pagarte a ti... y si obtiene beneficios incluso debe pagar también tus costosas comidas.

—Pero Parstone ofrece pagar...

—Un veinticinco por ciento sobre derechos de autor. Lo sé. Si tú fueras un autor conocido cuyas obras se venden bien podrías conseguir eso, pero tratándose de una primera novela ningún editor te daría más del diez por ciento, y aun así probablemente perdería dinero. Al cabo de seis meses, Parstone probablemente te enviará un informe mostrándote una venta de doscientos ejemplares. Tú recibirás un cheque por doce libras, y eso será todo lo que verás de tus trescientas libras. El especula sobre el hecho de que una por cada tres personas se considera capaz de escribir un libro si lo intenta, una por cada tres lo intenta, y una por cada tres se dedica a buscar un editor. El simple hecho de que se le envíe un manuscrito le dice que el autor es un tonto en potencia, porque nadie que se dedique seriamente a escribir libros se toma la molestia de sacar algo de los editores antes de haber lanzado a su alrededor la carnaza suficiente. El resto de su juego consiste en especular con la vanidad de los necios. Y los tontos, como tú mismo, Peter, son vejestorios con teorías políticas, horribles mujeres con espantosos poemas, colegialas con nauseabundas historias de amor, todos ellos dispuestos a verter su dinero en sus manos por el placer de ver impresos sus estúpidos mamotretos. Yo hace muchos años que conozco a Herbert, muchacho, pero nunca hubiera creído que tú ibas a caer en sus manos.

—No te creo —dijo Peter, ceñudo.

Un hombre de edad madura y con aspecto de ratón que estaba bebiendo junto a ellos tosió como pidiendo excusas y se acercó tímidamente.

—Perdóneme, señor —dijo en voz baja—, pero su amigo le está diciendo la verdad.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Peter con suspicacia—. Por lo general, suelo adivinar cuándo está diciendo la verdad... Pone una cara como si le doliera algo.

—Esta vez no bromea, señor —repuso el hombre—. Lo sé porque soy corrector de pruebas en casa de Parstone.

Lo que sorprende en las coincidencias es que suceden con frecuencia. El hombre con aspecto de ratón era uno de esos sorprendentes accidentes de los que puede depender el destino de las naciones, pues había las mismas posibilidades de que hubiera estado bebiendo en este bar como en cualquier otra taberna del distrito. Y, sin embargo, no había ninguna duda de que si Mr. Herbert Parstone hubiera podido prever el accidente, habría comprado este establecimiento público por el simple placer de cerrarlo y así impedir que semejante coincidencia hubiese tenido lugar. Pero, desgraciadamente para él, Mr. Herbert Parstone no era un adivino.

Este corrector de pruebas —el término, por lo demás, se refiere a la ocupación y no a las aficiones alcohólicas del hombre— había trabajado para Parstone doce años.

—Yo trabajaba ya para Parstone cuando él era un pequeño impresor —dijo—, antes de que emprendiera ese juego editorial. Realmente, sólo es eso: un impresor. Pero quiere seguir adelante sin mí. En los últimos tres años ha ido dándome cada vez menos trabajo, hasta el punto de que ha habido momentos en los que no he ganado el dinero necesario para vivir. Mi contrato durará aún cuatro meses más, pero después de eso me buscaré otro empleo.

—¿Ha leído usted mi libro? —preguntó Peter.

El hombre movió la cabeza.

—Nadie ha leído su libro, señor... si usted me permite decírselo. Durante tres semanas permaneció en un estante, y después Parstone le envió a usted su carta acostumbrada. Esto es lo que sucede con todos los que le envían manuscritos. Si él consigue su dinero, el libro va directamente a la imprenta y el corrector de pruebas es el primer hombre que se ocupa de él. Parstone no se preocupa de si el libro está escrito en indostánico.

—Pero seguramente —protestó Peter, medio desalentado—, él no puede hacer una estafa de esa especie a plena luz del día y no correr ningún riesgo.

El lector lo miró con una más bien cansada sonrisa sobre sus facciones semejantes a las de un ratón.

—El asunto es perfectamente legal, señor. Parstone publica el libro. Imprime ejemplares y los distribuye. No es culpa suya si los críticos no se cuidan de hacer la crítica ni los libreros los venden. El lleva su empresa legalmente. Pero es un negocio sucio.

Después de una conversación prolongada en cuyo curso se consumió una buena cantidad de cerveza, Peter Quentin quedó convencido y se mostró tan abatido al dirigirse a casa que Simón tuvo lástima de él.

—Déjame leer tu obra —dijo—, si has conservado una copia. Puede que no sea tan mala, y si hay algo de bueno en ella la enviaremos a otro lugar.

Tuvo el libro el día siguiente y después de haber leído las primeras páginas sus temores se vieron confirmados. Peter Quentin no estaba destinado a ocupar un lugar en las antologías literarias al lado de Dumas, Tolstoi y Conan Doyle. No poseía el arte de escribir. La gran simplicidad de su ortografía habría complacido a los más progresistas ortógrafos, su construcción gramatical seguía las huellas de Gertrude Stein y sus signos de puntuación parecían tener más relación con los intervalos destinados a pensar y a abrir botellas de cerveza que con las exigencias de la gramática. Además, como la mayor parte de las primeras novelas, era embarazosamente personal.

Fue esto lo que hizo seguir a Simón hasta el amargo final, pues el héroe de la novela era un tal «Ivan Grail, el Robbin Hood del crimen moderno», que podía ser identificado sin ninguna dificultad con «El Santo» mismo. Estaba también su compañero Frank Morris, cuyas duras facciones ocultaban un claro cerebro y una gran perspicacia. Simón Templar sé tragó todas las lisonjeras evidencias de

veneración por el héroe que adornaban las desaliñadas páginas y se sonrojó. Pero cuando alcanzó el final —el autor había escrito FIN con unas magníficas letras mayúsculas— se le ocurrió una importante idea:

Más tarde vio otra vez a Peter.

—¿Qué fue lo que hizo tus rasgos tan duros? —inquirió—. ¿Es que intentases besar a un caimán?

Peter se puso rojo.

—De algún modo tenía que describirlas —contestó como defendiéndose.

—Eres muy modesto —repuso Simón, después de haberlo inspeccionado de nuevo. Tus rasgos no son duros, sino profundamente viriles.

—Bien, ¿qué hay acerca del libro? —inquirió Peter, esperanzado. ¿Tiene algo de bueno?

—Es deleznable —respondió Simon con la privilegiada sinceridad de la amistad—. Haría revolverse a Dumas en su tumba. Después de todo, podrá ser legible después de que yo lo haya revisado. Y quizá dejaremos que el camarada Parstone lo publique.

Peter parpadeó.

—Pero yo creía...

—Tengo una dea —le interrumpió «El Santo»—. Parstone ha publicado demasiados libros malos. Es ya hora de que lance uno bueno. Dile que te devuelva el manuscrito, Peter. Puedes decirle que deseas hacer unas cuantas correcciones, después de lo cual le enviará el dinero y le dejarás que lo imprima. Para todo el que tiene un cerebro tan claro y tanta perspicacia hay muchos modos más provechosos de emplearlos que escribiendo libros.

Las dos semanas siguientes «El Santo» estuvo sentado ante su máquina de escribir siete horas al día, redactando página tras página en una forma sorprendente. Apenas revisó la historia de Peter Quentin; escribió sin descanso y, desde luego, la novela no habría sido reconocida por su autor.

El libro fue enviado de nuevo desde su propia dirección y por tanto Peter no llegó a ver las pruebas. Fue Simón Templar quien las leyó y se rió tanto que el ataque terminó doliéndole las costillas a causa del esfuerzo.

«El alegre aventurero», de Peter Quentin, fue lanzado al mercado dos meses más tarde. El «Times» no advirtió su presencia, los libreros no cargaron sus plumas estilográficas para firmar las hojas de pedido, Mr. James Douglas no lo usó como el texto de una página central en el «Sunday Express», los buscadores con ojos de lince de Hollywood no acudieron con ventajosos contratos; pero, sin embargo, fue posible para un hombre con vasta paciencia y terca determinación procurarse un ejemplar, pues tanto como para eso Mr. Parstone había realizado la letra de su contrato.

Simón Templar no necesitó ejercitar su paciencia y su determinación para obtener su ejemplar, porque los doce volúmenes del autor llegaron a su apartamento. Peter se presentó, precisamente, aquella misma mañana.

Observó el paquete abierto de los libros, y se abalanzó sobre ellos inmediatamente, relinchando como un ávido corcel. Pero apenas había echado una ojeada sobre la primera página se volvió hacia «El Santo» con una mirada de indignación.

—Este no es mi libro ni se le parece —gritó.

—Si quieres lo llamaremos una colaboración —dijo «El Santo» generosamente—. Pero yo creo que debieras tener confianza. Mi nombre es muy famoso ya...

Peter estaba volviendo las páginas frenéticamente.

—¡Pero esto es... es terrible! —exclamó—. Es... es...

—Naturalmente que lo es —concedió «El Santo»—. Y por eso mismo no deberás decir nunca a nadie que yo he tenido algo que ver con ello. Cuando el caso sea llevado al tribunal, espero que no me dejes en mal lugar.

Después de las revelaciones que hemos hecho al principio de este capítulo, nadie supondrá que aquella misma mañana Mr. Herbert Parstone estaba paseando febrilmente de un lado para otro en su oficina, temblando de ansiedad, deteniéndose de vez en cuando para contemplar a los apresurados botones y gritando frenéticas órdenes a una excitada plantilla de secretarias, vendedores, oficinistas, exportadores y conductores de camiones. En realidad, ni siquiera los más importantes editores proceden de ese modo.

Mr. Herbert Parstone no se hallaba jugando al golf, por la sencilla razón de que estaba bastante resfriado. Se encontraba en su oficina cuando llegó «El Santo». El nombre de la tarjeta que le fue presentada le era desconocido, pero Mr. Parstone nunca se negaba a ver a nadie que fuera lo bastante amable para ir a visitarle.

El editor era un hombrecillo con el cabello rubio y esa clase de estómago sobre el cual la cadena de oro de un reloj puede ser exhibida de un modo soberbio. Por lo demás, la rojez de su prominente nariz no era debida a su temporal aflicción.

—¿Mr. Templar? —preguntó muy afablemente—. Siéntese, por favor. He tenido el placer de verle a usted antes, ¿verdad?

—No lo creo —contestó «El Santo» con un tono agradable—. Pero le espera a usted un placer realmente digno.

Tomó un volumen que llevaba debajo del brazo y se lo tendió. —¿Ha publicado usted esto?

Mr. Parstone lo miró.

—Sí, es una de nuestras publicaciones. Un libro excelente y muy importante si me es permitido decirlo así. Un libro, me atrevo a decir, con respuestas a problemas que preocupan hoy a todo el mundo.

—Ciertamente hay algunos problemas que necesitan respuesta —dijo «El Santo»— y espero que a usted le preocuparán bastante. ¿Conoce el nombre del personaje principal de este libro? ¿Sabe usted lo que se afirma en esta biografía?

—¿Biografía? —tartamudeó Mr. Parstone mirando la cubierta—. El libro es una novela. Una obra de ficción. Está claramente explicado...

—El libro está escrito en forma de biografía —le interrumpió «El Santo»—. ¿Y conoce usted el nombre del personaje principal?

Mr. Parstone frunció pensativo el entrecejo.

—¿El personaje principal? —repitió—. Déjeme ver, déjeme ver. Estoy un poco inseguro, ¿sabe?

Se sonó la nariz varias veces, resopló, suspiró y tendió una mano con un gesto inseguro.

—¿No es sorprendente? He leído enteramente este libro, pero ahora no logro recordar...

—El nombre es Simón Templar —dijo «El Santo» ceñudamente.

Mr. Parstone se levantó.

—¿Qué? —exclamó.

Simón abrió el libro y le enseñó el nombre claramente impreso. Entonces, se sentó en una silla y encendió un cigarrillo.

—Resulta desagradable para usted, ¿verdad? —murmuró.

—Bien, mi querido Mr. Templar —dijo Parstone—. Confío que usted no creerá que esta referencia es deliberada. Ni mucho menos. A veces ocurren notables coincidencias. Y, sin embargo, hay muchos jóvenes de su edad que se sentirían orgullosos de ver su nombre en una obra como ésta. El héroe de este libro, tal como yo lo recuerdo, es un individuo de un agradable encanto...

—Es un criminal de lo más bajo —le interrumpió «El Santo»—. Su memoria le falla, Herbert. Déjeme leerle algunos de los mejores pasajes.

Buscó una página que había marcado y leyó:

A Simón Templar no le preocuparon nunca los procedimientos para ganar dinero, con tal de conseguirlo. El tráfico de drogas era una de sus muchas fuentes de ingresos y su conciencia nunca se sintió afectada por el pensamiento de los cientos de vidas que arruinaba para satisfacer su insaciable avaricia. Una vez, en un club nocturno, me mostró una hermosa muchacha sobre cuyo bello rostro los devastadores efectos del opio empezaban a marcar su huella. «Le he sacado ya doscientas libras desde que empecé a aficionarla al opio», me dijo con acento de perversidad, «y aún le sacaré quinientas más antes de matarla». Podría citar múltiples hechos de esta especie, pero me abstengo de hacerlo por temor a provocar la repugnancia de mis lectores. Es suficiente lo que ha dicho para mostrar que ese hombre que se llama a sí mismo «El Santo» es un execrable rufián.

Si a Mr. Parstone le había sido difícil situar el nombre de Simón Templar, en cambio no desconocía a «El Santo». Sus ojos acuosos se abrieron desmesuradamente y sus mandíbulas se contrajeron.

—Así, ¿usted es «El Santo»? —preguntó.

—Desde luego —murmuró Simón.

—Según sus propias palabras, un criminal de los más bajos...

Simón movió la cabeza.

—¡Oh, no, Herbert! —dijo—. No tan bajo como eso. Mi reputación puede ser mala, pero es sólo un rumor. Usted puede hablar de ello con sus amigos, pero la ley no le permite que lo publique en un libro. Esto es una difamación. Y usted no podrá lograr que el inspector Teal testificara que mis antecedentes justifican el lenguaje que en este libro se usa acerca de mí. Mis pecados han sido siempre perfectamente idealistas, y no tienen por objeto otra cosa que aplastar a los malos bichos como usted. Nunca se me ha ocurrido vender drogas a nadie y mucho menos golpear en el rostro a los pobres. Pero usted no lo ha oído todo. Escuche algo más.

Volvió otra página escogida y leyó:

«El Santo» parece siempre experimentar un maligno placer robando y estafando a aquellos que le permiten obrar con el mínimo esfuerzo. Hasta el día de mi muerte estaré obsesionado por el recuerdo del diabólico gozo que crispaba su rostro cuando me dijo que había robado cinco libras a una mujer con siete hijos, que había tenido que hacer muchas economías durante meses para reunir aquel dinero. Él aceptó el dinero de ella como pago para tratar de hallar la tumba de su padre que había sido dado por «perdido» en 1917. Por supuesto nunca hizo ningún intento para realizar el trato. Este timo lo hizo en muchas ocasiones y siempre con el mismo sádico placer. En mi opinión este placer representa para él mucho más que el dinero obtenido por esos medios.

—¿Eso también está en el libro? —preguntó Parstone roncamente.

—¡Naturalmente! —contestó «El Santo»—. Es lo que acabo de leerle. Y aún hay algunas cosas más interesantes. Escuche esto: *La falsedad acompaña por todas partes a Simón Templar, de forma tal que cientos y cientos de viudas y huérfanos han sido privados...*

—¡Espere! —le interrumpió Parstone temblando—. Eso es terrible... Es una terrible coincidencia. El libro será retirado de la circulación. El público apenas habría tenido tiempo de leerlo... Y si yo puedo ofrecerle alguna compensación...

Simón cerró el libro y lo dejó sobre el escritorio de Mr. Parstone.

—¿Podemos decir cinco mil libras? —sugirió afablemente.

El rostro de Mr. Parstone enrojeció como si estuviera al borde de un ataque de apoplejía y sacó su pañuelo con manos temblorosas.

—¿Cuánto? —murmuró.

—Cinco mil libras —repitió «El Santo»—. Después de todo, le pido una pequeña cantidad tratándose de un libelo como éste. En el caso de que el asunto fuera llevado ante los tribunales, creo que sería admitido que nunca en toda la historia de la moderna jurisprudencia se ha visto que una difamación semejante haya sido publicada en un libro. Si hay algún crimen del cual no haya sido yo acusado en este libro, estoy dispuesto a comérmelo ahora mismo. El volumen tiene trescientas veinte páginas, lo que representan ochocientas mil palabras de continuos y desenfrenados insultos. Por una cosa como ésta, Herbert, yo creo que cinco mil libras es un precio muy barato.

—Usted no puede hacer nada contra mí —dijo Parstone, ásperamente—. La responsabilidad es del autor...

—Conozco esa cláusula —le interrumpió «El Santo» fríamente—, y puede que le interese saber que eso no tiene ningún valor legal. Ante los tribunales, el autor, el impresor y el editor tienen la misma responsabilidad y ninguno de ellos puede desagraviar al ofendido. Pregúnteselo a su abogado. En realidad —añadió proféticamente—, no espero obtener nada por parte del autor. Generalmente los autores son insolventes. Pero usted es a la vez el impresor y editor, y estoy seguro de que de usted podré sacar algo.

Mr. Parstone lo miró. Sus labios estaban lívidos.

—Pero cinco mil libras es imposible —gimió—. ¡Eso me arruinaría!

—Eso es lo que yo quiero hacer, mi querido pajarraco —dijo «El Santo» suavemente—. Usted lleva demasiado tiempo timando a los inocentes y ahora quiero que usted vea lo que se siente cuando eso le sucede a uno mismo.

Se levantó y cogió su sombrero.

—Le dejo el libro —agregó—, por si desea entretenerse leyendo algo más. Pero le advierto que tengo otro ejemplar, y si no recibo su cheque en el primer correo del viernes por la mañana me iré directamente a mis abogados. Y entonces usted sabrá lo que eso significa.

Durante mucho tiempo después de que él se hubiera ido, Mr. Herbert Parstone permaneció sentado en su silla, muy agitado. Después cogió el libro y empezó a examinarlo. Y a cada página su lívido rostro se hacía más gris. No había duda acerca de ello. Simón Templar le había dicho la verdad. El libro era el libelo más monumental que nunca hubiera sido editado. El cerebro de Parstone se tambaleó ante el cúmulo de calumnias que se reveló ante él.

Su furioso timbrazo hizo correr a su secretaria.

—¡Haga venir inmediatamente al corrector! —gritó—. ¡Haga venir al maldito estúpido que ha corregido este libro!

Cogió el volumen y lo arrojó al suelo.

—¡Dígale que se presente a mí! ¡Ya le enseñaré! Le haré sufrir las penas del infierno. Por Dios que...

Las otras cosas que Mr. Parstone dijo no pueden ser repetidas en un libro respetable como éste.

La secretaria recogió el volumen y miró el título.

—Mr. Timmins nos dejó ayer. Es el hombre que usted despidió hace cuatro meses —dijo.

Estas palabras enfurecieron más a Mr. Parstone.

EL NOBLE DEPORTISTA

Sería difícil imaginar dos huéspedes más contradictorios en una casa de campo que Simón Templar y el inspector jefe Teal. «El Santo», por supuesto, estaba en su elemento. Llegó conduciendo su gran coche crema y rojo y envuelto en un magnífico abrigo de piel de camello como si hubiera hecho esto la mitad de su vida. Mr. Teal llegó en el viejo y desvencijado taxi de la estación y ataviado con su aseado traje de sarga y su sombrero hongo, encajaba menos brillantemente en el cuadro. Parecía más bien un maestro de obras que hubiera sido llamado para tomar las medidas de un nuevo cuarto de baño.

Los dos estaban invitados a la misma reunión en la casa de campo debido a las más extraordinarias circunstancias, y fue la cosa más natural del mundo que uno de ellos aprovechara la primera ocasión que se le presentó para preguntar los motivos del otro.

Mr. Teal entró en la habitación de «El Santo» mientras Simón estaba vistiéndose para cenar, y «El Santo» lo miró con un cierto asombro.

—Veo que lleva usted una corbata nueva —murmuró—. ¿Acaso lleva la otra debajo?

El detective deslizó un dedo por el interior de su cuello, que le sentaba como si lo hubiera comprado cuando era unos años más joven.

—¿Hace mucho tiempo que conoce usted a lord Yearleigh? —preguntó bruscamente.

—Me he encontrado con él unas cuantas veces —confesó «El Santo» tranquilamente.

Parecía estar diciendo la verdad, y Mr. Teal no se sintió muy sorprendido pues «El Santo» estaba acostumbrado a frecuentar la gente más extraña. Pero su curiosidad no quedó plenamente satisfecha.

—Me figuro que usted está aquí por la misma razón que yo —dijo.

—Más o menos —contestó Simón—. ¿Cree usted que Yearleigh será asesinado?

—¿Ha visto usted las cartas anónimas que ha recibido?

—Algunas. Pero muchas personas reciben cartas amenazadoras anónimas y no llaman a un jefe inspector de Scotland Yard. Me parece una precaución excesiva.

—Bien, eso se debe a que los otros no son miembros del Parlamento, hijos de un duque y personajes influyentes —repuso el detective cínicamente—. ¿Qué piensa usted acerca de ello?

—Si es asesinado, espero que la cosa resulte excitante —repuso «El Santo» con dureza—. El veneno es un método aburrido. Una granizada de balas a través de la ventana de la biblioteca sería algo divertido, aunque... ¿Qué pretende usted, Claud? ¿Está usted intentando adueñarse de mis ideas o desea buscarse un aliado?

Mr. Teal desenvolvió un trozo de goma de mascar y se lo metió en la boca. Después observó los blancos botones del chaleco de «El Santo» con un estólido aire de despego que estaba muy lejos de sentir. Algunas veces le resultaba duro recordar que este bandido cortés con alegres ojos azules había matado a muchos hombres. Esto estaba más allá de toda duda, pero igualmente más allá de toda posibilidad de probarlo legalmente, lo cual era algo que no le agradaba recordar. Sin embargo, no tenía más remedio que pensar en ello. El hecho de que todos aquellos hombres no hubieran muerto nunca sin una buena razón no bastaba para librarle de preocupaciones. Ciertamente «El Santo» tenía la desconcertante costumbre de matar a hombres cuya corrupción era invisible para todo el mundo hasta que él los desenmascaraba.

—Me gustaría saber por qué ha sido usted invitado —dijo.

Simón se puso el chaleco, se cepilló el smoking y se lo puso también. Permaneció ante el espejo y encendió un cigarrillo.

—Si le digo que Yearleigh ha considerado que yo puedo ser más eficaz que un policía, probablemente usted no se sentirá halagado —observó—. De modo que, ¿por qué tomarse la molestia de sospechar de mí hasta que él esté realmente muerto? Supongo que usted ha guardado ya la plata y ha llevado las joyas al banco, así es que no veo cómo puedo molestarle de otra manera.

Bajaron la escalera juntos. El inspector Teal masticaba su goma en silencio. Si «El Santo» no hubiera sido uno de los huéspedes, él se habría tomado sus responsabilidades con menos seriedad, y sin embargo era incapaz de justificar cualquier sospecha de que «El Santo» estaba contra él. No sabía nada acerca del anfitrión que hubiera podido inspirar a Simón Templar el deseo de tomarse un interés ilegal por su forma de vida.

La vida pública y lo que generalmente era conocido de la vida privada de lord Thornton Yearleigh, estaban tan por encima de todo reproche que incluso algunas veces era presentado como un modelo. Tenía unos sesenta y cinco años y un vigor que era envidiado por jóvenes veinticinco años más jóvenes que él. Parecía un poderoso atleta con unos níveos cabellos que parecían absurdamente prematuros y que coronaban su fuerte complexión. A los sesenta y cinco años, era un magnífico jugador de golf, un jugador de tenis de primera clase, un hábil jinete y un jugador de polo de considerable experiencia. En otros pasatiempos especializados que en Inglaterra están dignificados con el nombre de «sport», como la caza y la pesca, su fama era muy notable. Nadaba en el mar a través del viento, hacía a veces declaraciones acerca de la decadencia de la juventud moderna, podía siempre mencionar la cita «*mens sana in corpore sano*» en el momento oportuno y generalmente se mostraba como la viva personificación de esos robustos espartanos cuyos ideales consistían en tomar baños fríos y que tanto han contribuido a que Inglaterra participe en el progreso cultural del mundo. Era una figura jovial y sumamente popular y aunque desde luego era miembro de la Cámara de los

Comunes, no se sabía aún que «El Santo» hubiera atacado a un político sólo por el delito de serlo... aunque con frecuencia hubiera manifestado el deseo de hacerlo.

Naturalmente, no había ninguna razón para que el futuro asesino fuera uno de los invitados, pero sus reflexiones sobre el carácter de «El Santo» habían iniciado un curso en la mente del detective y se encontró a sí mismo examinando especulativamente a los otros huéspedes durante la cena y procurando observar sus reacciones.

La conversación versaba sobre el proyecto de ley que Yearleigh pensaba presentar, con la aprobación del Gobierno, cuando el Parlamento se reuniera durante las próximas semanas, y Teal, que no tenía sobre el asunto otros puntos de vista que los que periódicos diarios explicaban, halló que su papel de oscuro oyente le proporcionaba la excelente ocasión de estudiar los caracteres de los otros huéspedes.

—No me sorprendería si ese proyecto de ley mío tuviera algo que ver con esas cartas que he recibido —dijo Yearleigh—. Esos condenados comunistas son capaces de cualquier cosa. Si hicieran ejercicio y respiraran aire puro acabarían por eliminar todos esos absurdos que hay en su sistema. El joven Maurice es un poco como ellos...

Maurice Vould enrojeció ligeramente. Tenía unos treinta y cinco años, era delgado, llevaba lentes, iba un tanto desaliñado y tenía una piel curiosamente transparente y marfileña que era la antítesis exacta del cutis curtido de Yearleigh. Era, como Teal ya había averiguado, primo de lady Yearleigh. Tenía una renta privada de unas ochocientas libras al año y empleaba su tiempo escribiendo poemas y ensayos que un muy limitado público acogía como trabajos de un extraordinario mérito.

—Admito que creo en el derecho divino de la humanidad a ganar un salario decente que le permita alimentarse y tener una casa decente, e igualmente considero que todo el mundo debe ser libre de poder vivir su vida sin interferencias —dijo con una voz más bien agradablemente serena—. Si eso es el comunismo, supongo que yo soy comunista.

—Pero probablemente usted no incluye en su lista de interferencias el ataque armado de una potencia extranjera —observó un individuo que estaba sentado en el lado opuesto de la mesa.

Era un sujeto bien nutrido con unas mejillas pálidas y un enorme diamante montado en el anillo que lucía en su dedo índice. Teal sabía que era sir Bruno Walmar, el genial presidente de la «Walmar Oil Corporation» y todas sus centenares de sucursales. Su voz era tan áspera como suave su aspecto, con una dominante cualidad que más bien contenía un desafío que un mero afán de discutir. Pero su voz no hizo callar a Vould.

—Ese no es el único interés del proyecto de ley de Yearleigh —dijo.

El Muy Honorable Mark Omer, Ministro de la Guerra, se acarició sus grises bigotes con un gesto parecido al de una solterona melindrosa cuya caricatura se había hecho familiar a todo el mundo en Inglaterra, y replicó:

—La Ley de Defensa Nacional apenas requiere un cierto número de militares instructores para que se encarguen de la educación de cada muchacho británico con objeto de que, si sus servicios fueran necesarios para la defensa de su país, estuvieran en condiciones de desempeñar su papel sin dilación. Ninguna otra eventualidad ha sido considerada.

—¿Cómo puede usted decir que ninguna otra eventualidad ha sido considerada? —inquirió Vould, tranquilamente—. Ustedes cogen a un muchacho y le enseñan los rudimentos del arte de matar como si eso fuere: lo más digno de saberse. Le dan un uniforme para que se lo ponga y le convencen de que es luchador en potencia. Hacen que dispare cartuchos de fogueo sobre otros muchachos, y toda esa pantomima la consideran como una excelente broma. De ese modo ustedes crean un hombre que instintivamente desea contestar a la llamada a las armas cualquiera sea el momento en que dicha llamada sea hecha. ¿Y acaso puede usted decir que sabe exactamente en qué circunstancias hará alguien esa llamada?

—Yo creo que podemos confiar en el temperamento del pueblo inglés para estar seguros sobre eso —respondió indulgentemente Omer.

—Y yo creo que usted puede depender también del histerismo de la mayor parte del populacho cuando sus políticos profesionales hagan ondear un estandarte —replicó Maurice Vould—. Probablemente hubo un tiempo en que las gentes luchaban para defender su país, pero ahora luchan para salvar la seguridad de sus políticos y los balances bancarios de sus hombres de negocios.

—¡Eso es absurdo! —exclamó lord Yearleigh sinceramente—. Los ingleses tienen muy buen sentido. El hecho de que haya un grupo de militares instructores resultará ventajoso para los muchachos. Les enseñarán disciplina. Además, tú no podrás impedir que el pueblo luche, me refiero al pueblo sano, contra esos ridículos conceptos pacifistas. El afán de lucha está en la naturaleza humana.

—En este caso, también puede estar justificado que tú mates a tu vecino porque deseas robarle la hierba de su prado —repuso Vould suavemente—. Es otro instinto primitivo que la naturaleza humana no ha sido capaz de desarraigar.

Yearleigh lanzó un gruñido de impaciencia. Sir Bruno Walmy se frotó sus manos suaves y dijo con su áspera voz:

—Mr. Vould, supongo que usted fue un concienzudo impugnador durante la última guerra, ¿verdad?

—Lamento tener que desilusionarle —respondió Vould con una sonrisa—, pero disfruté la experiencia de inhalar gases venenosos a la edad de dieciséis años. Mientras usted, Omer, estaba haciendo patrióticos discursos, y usted, Walmar, estaba haciendo dinero. Esta es la diferencia entre nosotros. Yo he estado en la guerra, y sé lo que es eso. Después he vivido lo bastante para comprobar las consecuencias.

—¿Cuál es su opinión, Mr. Templar? —preguntó Yearleigh—. ¿Cree que Maurice está hablando como uno de esos condenados comunistas callejeros?

«El Santo» movió la cabeza.

—Sí, lo creo —dijo.

Hubo un momento de silencio y después añadió pensativamente:

—Sin embargo, debo admitir que algunos de ellos me parecen sinceros.

El inspector Teal mordisqueó una corteza de pan, seguro en su voluntario retraimiento, mientras la señora hacía una intrascendente observación con objeto de conducir la conversación a un tema menos peligroso. El inspector hubo de admitir que había fracasado en su propósito de reconocer al futuro asesino. Un ministro, un multimillonario y un poeta no parecían pertenecer a esa clase de individuos entre los cuales un detective práctico puede buscar un criminal. El único que aún seguía siendo sospechoso para él era «El Santo» y, sin embargo, cuando la cena acabó, las señoras se retiraron y el café y los cigarrillos hubieron sido servidos, no tenía ninguna razón ni real ni intuitiva para creer que Simón Templar estuviera preparándose para matar a su anfitrión.

Yearleigh se levantó y en seguida todos los demás le imitaron. El noble deportista advirtió la mirada del detective y por primera vez desde la llegada de Teal el objeto de su invitación fue motivo de conversación.

—He recibido otra de esas condenadas cartas —dijo.

Buscó en su bolsillo y sacó un papel con un movimiento que fue un anuncio de que todo el mundo podría leerlo. Vould y «El Santo», que eran los más próximos, se acercaron a Mr. Teal.

El mensaje contenía dos líneas cuidadosamente escritas:

Puesto que no ha hecho caso de mis anteriores advertencias, esta noche aprenderá usted su lección.

No había ninguna firma... ni siquiera la figura lineal con un halo que Teal había esperado ver.

El detective dobló la carta y la metió en su cartera. Sus soñolientos ojos se volvieron a su anfitrión.

—Me gustaría hablar después con usted, señor —dijo—. Tengo algunos hombres en el pueblo y con su permiso desearía montar una guardia especial.

—Ciertamente —concedió Yearleigh inmediatamente—. Puede hablar conmigo ahora. Estoy seguro de que los demás nos excusarán... Espere un momento, de todos modos.

Se volvió hacia Maurice Vould.

—Tú deseas hablar conmigo también, ¿verdad?

Vould movió la cabeza.

—Pero puedo esperar unos minutos —contestó.

Teal y «El Santo» vieron que su pálido rostro estaba aún más pálido y que sus ojos detrás de sus gruesos lentes brillaban con una súbita energía.

—¿Por qué esperar? —repuso Yearleigh con buen humor—. Vosotros los jóvenes intelectuales tenéis siempre prisa, y yo hace tres o cuatro días que te prometí esta conversación. Te la hubiera concedido antes si no hubiera tenido que irme. Al inspector Teal no le importará esperar y yo no espero ser asesinado en otra media hora.

Simón se encaminó con Teal hacia el vestíbulo mientras los otros dos se dirigían al estudio de Yearleigh. De un modo completamente natural el detective hizo la pregunta que con más fuerza bullía en su mente:

—¿Tiene usted más ideas?

—No lo sé —fue la poco satisfactoria respuesta de «El Santo»—. ¿Quién ha atraído más su interés durante la cena?

—He estado observando a Vould —confesó Teal.

—Me lo figuraba —dijo «El Santo»—. Supongo que ni siquiera se ha dado cuenta de la presencia de lady Yearleigh.

Teal no contestó, pero admitió en su fuero interno que la acusación era casi cierta. Cuando entraron en la sala sus soñolientos ojos la buscaron en seguida y vio que estaba hablando con Omer a un lado de ella y Walmar al otro. Súbitamente se dio cuenta de que era lo bastante joven como para poder ser hija de Yearleigh. Podía tener unos treinta y cinco años, pero escasamente representaba treinta. Poseía el mismo cutis pálido y curiosamente transparente de su primo Vould, pero en ella se combinaba con unos ojos azules y un hermoso cabello rubio para formar una belleza casi etérea. No pudo dejar de sentir el contraste existente entre ella y su esposo. Conociendo a Yearleigh sólo por reputación, y no habiendo visitado nunca su casa, había esperado que lady Yearleigh fuera una robusta mujer ataviada con *tweeds* y de maneras bruscas. Mr. Teal no había leído nunca poesías, pero si lo hubiera hecho, «La Virgen Bendita», de Rosseti, habría expresado perfectamente lo que sentía acerca de esta lady Yearleigh que Simón Templar le había hecho advertir prácticamente por primera vez.

—Es muy atractiva —dijo.

—Y muy inteligente —añadió «El Santo»—. ¿Se ha dado usted cuenta de ello?

Míster Teal movió la cabeza vagamente.

—Tiene un esposo admirable.

Simón dejó la colilla de su cigarro en un cenicero y sacó su pitillera. Teal sabía que estos vulgares movimientos eran simplemente una manifestación de aquella tendencia a lo teatral que a «El Santo» tanto le agradaba mostrar. Sabía también que Simón estaba a punto de decir algo, pero cuando abrió la boca el sonido de un disparo retumbó en toda la casa.

Hubo un instante de silencio terrible mientras los ecos parecían vibrar tenuemente a través del tenso aire como las vibraciones de la cuerda de un violoncelo, y después lady Yearleigh se puso de pie como un fantasma, con su marfileña tez y sus rubios cabellos mostrándose como una aparición en la escasa luz de la sala.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Lo ha matado!

Teal, que era el que más cerca se hallaba de la puerta, reaccionó de su estupor momentáneo y corrió hacia allí, pero «El Santo» llegó primero. El detective corrió detrás de Simón hacia el estudio. Cuando llegaron la puerta se abrió bruscamente y lord Yearleigh apareció con un revólver en la mano.

—Llegan ustedes demasiado tarde —dijo, con una nota de triunfo en la voz—. Lo he matado yo mismo.

—¿A quién? —preguntó Teal.

Pasando por su lado entró en la habitación y vio la respuesta a su pregunta: un hombre estaba tendido con los brazos abiertos sobre la rica alfombra.

Era Maurice Vould.

Teal se inclinó sobre él. Apenas pudo distinguir el agujero de la bala en la americana de Vould, pero el agujero en la pechera de su camisa era más grande y una mancha roja iba extendiéndose por debajo. Teal abrió los dedos de la mano del muerto y, cogiendo la vieja daga italiana que sostenía en la mano, la envolvió cuidadosamente en su pañuelo.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió.

—Se ha puesto a gritar acerca de ese proyecto de ley mío —explicó Yearleigh—. Ha dicho que sería mejor para mí morir que proponer ese proyecto en la Cámara. Yo le he dicho: «No seas estúpido», y entonces él se ha vuelto hacia el escritorio, ha cogido esa daga, que yo uso como cortapapeles, y me ha atacado. Lo he rechazado, pero parecía haberse vuelto loco. Entonces he abierto un cajón y he sacado este revólver creyendo que podría asustarle. Él se ha vuelto hacia la ventana y ha gritado: «¡Entrad, camaradas! ¡Entrad y matadlo!» He visto a otro hombre en la ventana con la cara cubierta, y he disparado contra él. Maurice ha debido interponerse, porque ha sido él quien se ha desplomado. El otro hombre ha huido.

Sosteniendo aún el cuchillo, Teal se volvió y avanzó pesadamente hacia las ventanas abiertas. Omer y Walmar, que había llegado mientras Yearleigh estaba hablando, lo siguieron más lentamente. «El Santo» se puso a su lado cuando salió fuera a escuchar los murmullos de la noche.

Teal experimentaba un extraño alivio por el hecho de que por una vez Simón Templar podía demostrar plenamente su inocencia y él no tenía ninguna posibilidad de, acusarlo. Lo miró como si quisiera pedirle en silencio disculpas por sus anteriores sospechas. Y después vio que el rostro de «El Santo» se destacaba profundamente en la luz de las estrellas y le oyó murmurar:

—¡Oh, diablos! Ha sido culpa mía. ¡Ha sido culpa mía!

—¿Qué quiere decir? —preguntó el detective, sorprendido.

Simón le cogió por el brazo y miró por encima de su hombro. Omer y Walmar estaban detrás de ellos, aventurándose con mayores precauciones en la peligrosa oscuridad. «El Santo» habló en voz más alta.

—Tiene usted mucho trabajo —dijo casi salvajemente—. Fotógrafos... expertos en huellas dactilares...

—Es un caso claro —protestó Teal, como si experimentara el deseo de irse lo más pronto posible.

—Necesitará un doctor y los hombres que tiene en el pueblo. Le llevaré en mi coche...

Sintiendo que el universo parecía haberse vuelto repentinamente loco, Teal se halló a sí mismo arrastrado irremediabilmente por la amplia terraza hacia la parte delantera de la casa. Había alcanzado el camino antes de que hubiera podido dominar su cerebro y detenerse.

—¿Se ha vuelto usted loco? —preguntó, plantando sus pies sólidamente sobre la grava y negándose a seguir más adelante—. ¿Qué quiere decir con eso de que ha sido culpa suya?

—Lo he matado yo —contestó «El Santo» salvajemente—. ¡He matado a Maurice Vould!

—¿Usted? —exclamó Teal, cada vez más sorprendido—. Está usted loco.

—Lo he matado —insistió «El Santo»—. Lo he matado por negligencia. Yo hubiera podido salvar su vida. He sido un loco. Un estúpido. Pero ya no lo soy. Todo está claro para mí. Volvamos a la casa. Tiene usted que arrestar a alguien.

Un recuerdo atravesó como un relámpago la mente de Teal; el recuerdo de una mujer pálida levantándose de su silla y diciendo: «¡Dios mío! ¡Lo ha matado!», como si hubiera tenido un espantoso presentimiento. Un frío estremecimiento recorrió su espina dorsal.

—¿Quiere decir... lady Yearleigh? —inquirió incrédulamente—. Es imposible. Con un esposo como el suyo...

—Usted cree que es un buen esposo, ¿verdad? —dijo «El Santo»—. Porque es un noble deportista. Porque toma baños fríos y juega al «cricket». Porque caza y pesca. Supongo que será esperar mucho de usted que se ponga en el lugar de una mujer... de una mujer como ella...

—¿Cree usted que estaba enamorada de Vould?

—Por supuesto que estaba enamorada de Vould. Por eso le he preguntado si se había fijado usted en ella durante la cena... cuando Vould estaba hablando. Si lo hubiera hecho, usted habría podido verlo. Pero usted está lleno de prejuicios. Usted cree que cualquier mujer debe adorar a un atleta fanfarrón y duro de mollera... por la misma razón de que un número de hombres igualmente duros de mollera lo adoran. Usted cree que ella no debía pensar en un poeta pálido con lentes porque los estúpidos atletas no los comprenden, como si la habilidad de golpear una pelota con un palo fuera el único criterio de valor en el mundo. Pero ya le he dicho antes que ella es una mujer inteligente. Naturalmente estaba enamorada de Vould, y Vould de ella. Estaban hechos el uno para el otro. Me atrevería a apostar lo que usted quisiera que

Vould no deseaba hablar con Yearleigh para protestar de ese proyecto de ley, sino para decirle que iba a marcharse con su esposa.

—Usted quiere decir que cuando Yearleigh se ha opuesto, Vould ha perdido la cabeza y ha querido matarlo. Lady Yearleigh lo sabía, y esto es lo que ha querido decir cuando...

—Ella no ha querido decir esto —le interrumpió «El Santo»—. Vould creía en la paz. Ya lo ha oído usted durante la cena. ¿Ha olvidado usted su observación? Ha señalado el hecho de que los hombres no tenían derecho a matar a sus vecinos para robarles la hierba de sus prados. Así, pues, ¿por qué había de creer que debían matar a sus vecinos para robarles sus esposas?

—No es posible creer siempre lo que un hombre dice...

—Se le puede creer cuando es sincero.

—Lo bastante sincero para tratar de matar a su anfitrión —replicó Teal, escépticamente.

Simón permaneció quieto durante un momento, golpeando la grava con la punta de su zapato.

—¿No ha observado usted que Vould ha recibido el balazo por la espalda? —inquirió.

—Ya ha oído usted la explicación de Yearleigh.

—Uno puede creer siempre lo que un hombre dice, ¿verdad?

De pronto «El Santo» tendió la mano y cogió la daga que Teal seguía sosteniendo en la mano. Desenvolvió el pañuelo y Teal profirió una exclamación.

—¡Eh...! ¿Qué hace, condenado estúpido?

—¿Porque he destruido sus preciosas huellas dactilares? —murmuró «El Santo» fríamente—. No sea usted asno. Si usted puede coger un cuchillo con un pañuelo para no dejar sus huellas, ¿no puede hacerlo otra persona también?

El detective permaneció unos instantes en silencio. Su actitud después de su instintiva exclamación fue tan impasible que parecía haberse quedado dormido de pie. Pero estaba muy despierto. Y «El Santo» siguió hablando con aquella voz suave y algo burlona que Teal tan acostumbrado estaba a oír:

—Yo me pregunto de dónde ha sacado usted la idea de que un deportista es una especie de héroe —dijo—. No se requiere ningún valor para tomar un baño frío. Eso depende simplemente de que su constitución se lo pida. Tampoco se necesita ninguna valentía para jugar al «cricket». Quizá se requiere un poco más de valor para observar a una jauría de perros arrojándose sobre un zorro, o disparar un tiro contra un guaco o ver a un hombre coger una trucha con una caña de pescar. Pero hay ciertas cosas que a usted le han enseñado a creer y su mente no es capaz de razonarlas por sí misma. Usted cree que un deportista es una especie de gladiador divino sin miedo ni tacha. A usted le parece que ningún caballero dispararía contra una perdiz y por eso cree que tampoco dispararía contra un poeta.

Un ligero viento sopló a través de la maleza y el detective sintió un frío extraño.

—Todo eso se dice fácilmente —dijo—. Usted no tiene ninguna prueba.

—Ya sé que no la tengo —repuso «El Santo» con una expresión de cansancio—. Sólo digo lo que creo.

Y creo que Yearleigh planeó todo esto hace días, cuando Vould le pidió por vez primera una entrevista. Seguramente entonces adivinó de qué quería hablarle. Creo que la razón de que aplazara esa entrevista fue para tener tiempo de enviarse a sí mismo esas cartas amenazadoras con objeto de preparar la atmósfera del melodrama que esta noche ha representado. Ya verá usted como esos anónimos amenazadores empezaron a llegarle el día que Vould le dijo que quería tener una conversación con él y que Yearleigh no tenía ninguna razón para irse excepto la de diferir esa conversación. Creo que cuando estaban en el estudio, Yearleigh ha apuntado hacia la ventana y ha inventado alguna excusa para que Vould se volviera, y entonces ha disparado por la espalda a sangre fría y después le ha puesto el cortapapeles en la mano. Y esto es lo que temía lady Yearleigh, que debe conocer a Yearleigh mucho mejor que cualquiera de nosotros, y creo que cuando ha dicho «Lo ha matado», ha querido decir que Yearleigh había matado a Vould, y no que Vould hubiera matado a Yearleigh.

El encendedor de «El Santo» brilló como un relámpago en la oscuridad y Teal vio su rostro moreno, ceñudo y curiosamente amargo al resplandor de la llama que acercó a su cigarrillo. Y después la llama se apagó y sólo sintió la presencia de Simón por su vez serena y bien timbrada:

—Creo que yo he matado a Maurice Vould tan seguramente como si hubiera disparado contra él, porque no he comprendido todas estas cosas hasta ahora, cuando ya es demasiado tarde. Si las hubiera pensado antes, habría podido salvarle.

—Pero el disparo por la espalda —dijo Teal ásperamente—. Eso es lo que no puedo tragarme.

La punta del cigarrillo de «El Santo» resplandeció y luego se desvaneció.

—Yearleigh le tenía miedo —dijo—. No podía arriesgarse a cometer una equivocación. Cualquier grito o un simple forcejeo hubiera podido estropear su plan. Tenía miedo de Vould porque estaba convencido de que era mucho más listo y más bueno, más recto y más honesto que él. Estaba riñendo la vieja y desesperada batalla de la vejez contra la juventud. Sabía que Vould había descubierto la iniquidad de su proyecto de ley. Ese proyecto no podía afectar a Yearleigh. Era demasiado viejo para participar en la pasada guerra, durante la cual recuerdo que se creó una gran reputación organizando partidas de «cricket» detrás de las líneas. Y también sería muy viejo para la próxima. No tiene hijos. Pero es parte de la psicología de la vida, tanto si le agrada a usted como si no, que en tiempo de guerra los viejos se hagan egoístas y los jóvenes se den cuenta de ello. Yearleigh sabía que Vould lo despreciaba por eso, y por eso le tenía miedo... Todo esto es lo que yo creo, pero no puedo demostrarlo...

Así habló «El Santo» y Teal giró bruscamente sobre sus talones y se dirigió hacia la casa.

LA DONCELLA EN APUROS

—En la vida del crimen se necesita cerebro —solía decir Simón Templar algunas veces—, pero con frecuencia creo que mucho más se necesita suerte.

Podía haber añadido que la suerte tenía que ser consistente.

Mr. Giuseppe Rolfieri fue afortunado hasta cierto punto, pues logró hallarse en Suiza cuando fue descubierta la sorprendente estafa realizada en los almacenes municipales de Liverpool. Fue algo muy sencillo para él huir a su país natal, y cuando sus cuatro compañeros de fechoría descendieron la estrecha escalera que conduce del banquillo de los acusados en el Old Bailey^[2] a los terribles años de servidumbre penitenciaria, él estaba confortablemente instalado en su villa en San Remo sin temor a sufrir el peso de la ley. Pues es un principio de la ley internacional que no se puede pedir la extradición de un hombre que se halle en su propio país, y Mr. Rolfieri era afortunado por haber conservado su ciudadanía italiana a pesar de haberse creado una posición en Londres.

Simón Templar leyó en los periódicos el caso. Le hubiera sido difícil no enterarse, pues se trataba de uno de esos escándalos sensacionales que conmueven al mundo financiero una vez en la vida, pero no lo consideró como un asunto digno de su intervención. Cuatro de los cinco delincuentes, incluyendo al cabecilla, habían sido juzgados y sentenciados, y aunque es cierto que hubo una cierta indignación pública por la inmunidad de Mr. Rolfieri, era inevitable que «El Santo», en su carrera de aventuras al margen de la ley, hubiera de dejar pasar una perspectiva incitadora en favor de otra más próxima a su mano. No podía estar en todas las partes a la vez. Esta era una de las pocas limitaciones que estaba dispuesto a admitir.

Sin embargo, Domenick Naccaro tenía otras ideas.

Una mañana llamó al apartamento que «El Santo» tenía en Piccadilly. Era un hombre fornido y calvo con un traje azul marino, un chaleco de un azul más leve, un cuello duro pasado de moda, una corbata negra y un lujurioso bigote negro. En el primer momento de alarma Simón se preguntó si no habría sido confundido por alguien del mismo nombre, pero de menos respetables costumbres, pues el *signor* Naccaro venía acompañado por una pálida y encantadora muchacha que llevaba un niño envuelto en un chal.

—¿Es a Mr. Templar a quien tengo el honor de hablar? —preguntó Naccaro, quitándose con educación el sombrero hongo.

—Ciertamente soy Mr. Templar —admitió «El Santo» con precaución.

—¡Ah! —exclamó Mr. Naccaro—. ¿Es «El Santo» mismo?

—Así me llaman —contestó Simón.

—Entonces usted es el hombre a quien hemos venido a ver —dijo Mr. Naccaro con profunda convicción.

Considerando que de este modo habían sido observadas todas las formalidades necesarias, empujó a la muchacha hacia adentro, entró él mismo detrás de ella y avanzó majestuosamente hacia la sala de estar. Simón cerró la puerta y siguió a los visitantes con un cierto regocijo.

—Bien, hermano —murmuró, cogiendo un cigarrillo de la caja que había sobre la mesa—. ¿Quién es usted y qué puedo hacer por usted?

El hombre del sombrero hongo hizo sentarse a la muchacha en una silla, se instaló él mismo en otra y se puso las manos sobre las rodillas.

—¡Ah! —dijo como un acróbata anunciando el final de un número—. ¡Yo soy Domenick Naccaro!

—Eso debe ser muy agradable para usted —dijo «El Santo» amablemente.

Después señaló con su cigarrillo hacia la muchacha y su criatura.

—Esa es mi hija María —contestó Mr. Naccaro con sus negros ojos súbitamente humedecidos—. Y en los brazos sostiene una desventurada criatura, una criatura que no tiene padre.

—Algo lamentable —observó Simón—. ¿Qué piensa el bebé acerca de ello?

—El padre —dijo Mr. Naccaro, contradiciéndose dramáticamente— es un tal Giuseppe Rolfieri.

Simón frunció las cejas hasta convertirlas en una línea recta y parte de su expresión de regocijo se rezagó tras la superficie de sus ojos azules. Puso una pierna en el borde de la mesa y meció el pie pensativamente.

—¿Cómo sucedió eso? —preguntó.

—Yo tengo un pequeño restaurante en Soho —explicó Mr. Naccaro—. Rolfieri venía a menudo a comer «spaghetti». María se encargaba de la caja. Usted, *signor*, usted puede ver lo hermosa que es. Rolfieri se fijó en ella. Cuando pagaba su cuenta se detenía a hablarle. Un día le pidió que saliera con él.

Mr. Naccaro sacó un enorme pañuelo y se enjugó los ojos. Siguió hablando agitando sus manos con patética elocuencia:

—Yo no se lo impedí. Supuse que Rolfieri era un caballero y me pareció que mi María podía salir con él. Salían con frecuencia. Yo creí que quizá María haría un buen casamiento y me sentía alegre por ella. Hasta que un día vi que iba a ser madre.

—Debió de ser un mal momento —dijo «El Santo» gravemente.

—Yo le dije: «María, ¿qué has hecho?» Ella no quiso decírmelo. Pero después confesó que había sido Rolfieri. Yo me golpeé el pecho y le dije: «Lo mataré, pero primero tendrá que casarse contigo».

Mr. Naccaro se levantó rápidamente con un gesto teatral.

—Rolfieri no vino nunca más a comer *spaghetti*. Yo fui a su oficina y allí me dijeron que no estaba. Fui a su casa y me dijeron que no estaba. Le escribí unas cartas, pero él no contestó a ninguna. El tiempo pasa deprisa. Después le escribí otra carta y le dije: «Si no viene a verme en seguida, iré a ver a la policía». Entonces contestó. Dijo que vendría en seguida. Pero no vino. Se había ido al extranjero. Me

escribió de nuevo diciéndome que vendría a verme cuando regresara. Un día leí en un periódico que es un criminal y que la policía está buscándole. De modo que María tiene un hijo... ¡y Rolfieri no volverá nunca!

Simón movió la cabeza.

—Eso es muy triste —dijo con simpatía—. ¿Pero qué puedo hacer yo en todo esto?

Mr. Naccaro se enjugó la frente, se guardó su enorme pañuelo y volvió a sentarse.

—Usted es un hombre que ayuda a las pobres gentes —dijo suplicante—. Usted es «El Santo» y siempre está dispuesto a hacer justicia, ¿no?

—Sí, pero...

—Entonces ya está decidido. Usted me ayudará. Escuche, *signor*, todo está decidido. Yo tengo buenos amigos en Inglaterra y en San Remo, y hemos reunido dinero para arreglar esto. Secuestraremos a Rolfieri. Lo traeremos aquí en aeroplano. Pero nosotros no conocemos a nadie que sepa volar. Usted, *signor*, usted puede volar en aeroplano.

Súbitamente, Mr. Naccaro cayó de rodillas y extendió los brazos.

—Vea, *signor*, me humillo a sus pies. Beso sus pies. Le suplico que nos ayude y no deje que María tenga un hijo sin padre.

Simón permitió que se desarrollara aquella escena teatral, y después escuchó con una seriedad no disimulada por su regocijo superficial. Esta era una llamada como las que solía oír a veces, pues el nombre de «El Santo» era tan conocido por las gentes que confiaban en su ayuda como por aquellos que experimentaban el temor de ser objeto de sus atenciones y él no era nunca enteramente sordo a los ruegos de las almas turbadas que acudían a su casa con una patética fe en los milagros.

La proposición de Mr. Naccaro era más práctica que eso.

Al parecer él y sus amigos habían acometido el problema de castigar la maldad de Giuseppe Rolfieri con el instinto conspirador de los *vendicatori* profesionales. Uno de ellos se había convertido en el mayordomo de Mr. Rolfieri en su villa de San Remo. Otros, en el exterior, habían arreglado los detalles del rapto con la precisión de un itinerario de ferrocarriles. Mr. Naccaro había adquirido una vieja alquería en Kent en la cual Rolfieri permanecería prisionero, con un amplio campo adyacente en el que un aeroplano podría aterrizar. El avión ya había sido comprado y estaba listo para ser usado en el aeródromo de Brooklands. Lo único que se necesitaba era un hombre calificado para hacer el vuelo.

Una vez Rolfieri hubiera sido traído a la alquería, ¿cómo podrían obligarlo a contraer matrimonio?

—Lo obligaremos.

Esto fue todo lo que Naccaro dijo, pero lo dijo con sombría convicción.

Cuando «El Santo» se mostró finalmente dispuesto a llevar a cabo aquella tarea, hubo otra escena de gratitud teatral que superó todas las anteriores demostraciones. Le fue ofrecido dinero, pero Simón había ya decidido que en este caso el

entretenimiento sería su recompensa. Se sintió exhausto cuando por fin Domenick Naccaro, inclinándose y murmurando unas palabras incoherentes, condujo a su hija, a su nieto ilegítimo y a su propio bigote rizado fuera del apartamento.

Los preparativos para tomar parte en el rapto tuvieron ocupado a Simón Templar la mayor parte de la semana siguiente. Se dirigió a Brooklands y probó el avión que el grupo había comprado. Era un viejo «Avro» que debía tener asegurado su certificado de retiro, pero pensó que le permitiría realizar el doble viaje, si tenía un poco de suerte y buen tiempo. Había que establecer una base en alguna parte de Francia, necesidad práctica que no se le había ocurrido al elemental Mr. Naccaro. El viernes llegó antes de que él hubiera podido comunicar que estaba ya dispuesto para efectuar el viaje, y hubo otra escena de embarazosa gratitud.

—Enviaré un telegrama para que sea cogido Rolfieri el domingo por la noche.

Esta fue la esencia de la comunicación de Mr. Naccaro en la conversación, pero sus bendiciones a «El Santo», a los huesos de sus antecesores y a las cabezas de sus descendientes aún no nacidos se llevó mucho más tiempo.

Sin embargo, Simón hubo de admitir que la contribución práctica del clan de Naccaro había sido realizada con una eficiencia que él mismo apenas hubiera podido mejorar. Se halló junto al antediluviano «Avro» en el aeródromo de San Remo el atardecer del domingo, y con genuina admiración observó al cortejo de raptos venir hacia él a través del campo. El personaje principal era una figura aparentemente momificada, envuelta en mantas, que ocupaba una silla de inválido empujada por la infortunada María con uniforme de enfermera. Su pálida y hermosa cara mostraba una expresión de beatífica solicitud de la cual Simón, teniendo una idea del destino que esperaba al *signor* Rolfieri en Inglaterra, hubiera podido hablar mucho. Junto a la silla de inválido avanzaba un individuo muy serio con lentes cuyo papel era evidentemente el de un devoto doctor. Los oficiales del aeropuerto, que habían examinado ya los papeles del piloto y de los pasajeros, contemplaban ociosamente la escena sin tener ni la más remota idea del rapto que estaba siendo llevado a cabo ante sus narices.

Entre Simón y el «doctor» subieron cuidadosamente al avión a la momificada figura.

—No despertará antes de que usted llegue, *signor* —murmuró confidencialmente el hombre inclinándose para arreglar las mantas alrededor del cuerpo de su paciente.

«El Santo» hizo una mueca amable y retrocedió para ayudar a la «enfermera» a situarse en su lugar. No tenía idea de cómo había sido llevada a cabo la primera parte del rapto y no tenía ningún deseo de preguntarlo. Él mismo había realizado actos semejantes, no menos diestramente, y admiraba impersonalmente la técnica de los otros en el mismo campo. Con un suspiro de satisfacción subió a la cabina del avión, hizo una seña a los mecánicos que estaban esperando junto a la hélice del avión y poco después lanzó el avión rugiendo a través del crepúsculo que iba cayendo lentamente.

El vuelo hacia el Norte estuvo exento de acontecimientos notables. Con un viento del Sur en cola, cerca de dos horas y media después vio las tres luces rojas que señalaban su base de aprovisionamiento y aterrizó junto a los tres faros que habían sido encendidos para él cuando hizo parpadear las luces de navegación. Los dos individuos contratados por Mr. Naccaro rellenaron los tanques mientras él encendía un cigarrillo y estiraba las piernas, y veinte minutos más tarde emprendía el vuelo. Pasó sobre Folkestone en las primeras horas del amanecer, y voló algunas millas más antes de alcanzar su destino para que ningún tipo inquisitivo pudiera ver exactamente dónde aterrizaba.

—¿Lo trae? —preguntó Mr. Naccaro, casi delirante cuando Simón descendió entumecido.

—Lo traigo —contestó «El Santo»—. Será mejor que lo meta dentro en seguida. Temo que sus compañeros no lo hayan drogado tan bien como pensaban hacerlo. A juzgar por el modo como se ha comportado hasta ahora no me sorprendería que también él estuviera a punto de tener un niño.

Se quitó el casco y los anteojos, y observó con interés el desembarco de su cargamento. El *signor* Giuseppe Rolfieri se había recobrado considerablemente de los efectos de la droga bajo la influencia del vuelo, pero el viaje, combinado con el mal tiempo que habían tenido durante la última parte del trayecto, le había restado tanta fuerza que no era fácil que ofreciera la menor resistencia. Simón no había creído nunca que la piel humana pudiera volverse realmente verde, pero la epidermis del *signor* Rolfieri había adquirido literalmente aquel notable color.

«El Santo» se quedó fuera para ayudar a la otra media parte del comité de recepción, presentado como el hermano de Mr. Naccaro, a empujar el fiel «Avro» al resguardo de un granero. Después se dirigió a la alquería. Cuando la alcanzó, la puerta se abrió y apareció Mr. Naccaro.

¡Ah! —exclamó cogiendo a «El Santo» por los hombros—. Míster Templar... usted ha sido muy amable... y yo no puedo pedirle... Pero, puesto que tiene aquí el coche, ¿le importaría hacer un nuevo viaje?

Simón enarcó las cejas.

—¿No puedo asistir a la boda? —protestó—. Tal vez pueda serles de alguna ayuda.

—Después, sí —contestó Naccaro—. Aún no estamos listos. *Ecco*, teníamos tanta prisa y estábamos tan excitados que al venir aquí nos hemos olvidado de traer algo muy importante. ¡Hemos olvidado el jabón!

Simón parpadeó.

—¿El jabón? —repitió—. ¿Tienen que lavarlo antes?

—¡No, no, no! —balbuceó Naccaro—. Usted no lo comprende. El jabón no es para lavarlo. Es para persuadirle. Ya se lo mostraré después. Es una idea mía. Pero es preciso que tengamos jabón. Por favor, *signor*, por favor, ¿irá usted a buscarlo en su coche?

«El Santo» lo miró ceñudamente un momento, y luego se encogió de hombros.

—Muy bien, hermano —murmuró—. Me gustará ver cómo consigue usted persuadir a un tipo a casarse utilizando un trozo de jabón.

Se metió la gorra y los anteojos en el bolsillo de su chaqueta de vuelo y se dirigió al lugar donde había aparcado su automóvil antes de partir para San Remo. Había oído hablar de muchos instrumentos extraños de persuasión, pero ésta era la primera vez que oía decir que un común trozo de jabón podía ser usado como un instrumento de tortura o de coacción moral. Se preguntó si los componentes del clan Naccaro tendrían tan mala opinión de la limpieza de Rolfieri que pensarán que el mero hecho de amenazarle con lavarle le asustaría hasta el punto de mostrarse dispuesto a cumplir con su obligación o si la víctima sería primero embadurnada con tinta y después limpiada con jabón, o sencillamente si pensarían hacérselo comer. Se hallaba tan absorbido por estas excitantes especulaciones que recorrió casi media milla sin haberse dado cuenta de que no le habían dado el dinero necesario para comprar el jabón.

Simón Templar no era mezquino. En cualquier momento hubiera regalado un trozo de jabón a una persona necesitada. El pago a la solución del misterio que en aquellos momentos le tenía perplejo habría dado a Mr. Naccaro muy a gusto un camión entero de trozos de jabón. Pero no llevaba dinero en el bolsillo. En un instante de distracción había partido con una pequeña cantidad en metálico y todo cuanto le quedaba eran dos liras italianas, el cambio de la última comida que había hecho en San Remo.

Detuvo el coche y permaneció con el ceño fruncido un segundo. Ante él no había ningún lugar visible donde pudiera virar y no tenía ningún deseo de hacer media milla marcha atrás por aquel sendero estrecho. Pero el camino lo había conducido a la izquierda desde que había emprendido la marcha y se levantó para observar el paisaje con la esperanza de que la alquería se encontrara a corta distancia a través de los campos y pudiera recorrerla a pie. Y fue al hacer esto cuando vio un curioso espectáculo.

Otro coche, de cuya existencia nadie le había hablado, se hallaba ante la puerta de la alquería, y Mr. Naccaro y su hermano estaban introduciendo en él apresuradamente el cuerpo del infortunado *signor* Rolfieri, liado con muchas vueltas de cuerda como un artista antes de demostrar su capacidad de desatarse. María se hallaba cerca y tan pronto como Rolfieri estuvo en el coche lo cubrió con una manta y se sentó a su lado. Naccaro y su hermano se instalaron delante y el automóvil emprendió rápidamente la marcha en dirección opuesta a la que le habían dicho a «El Santo» que tomara.

Simón Templar se sentó detrás del volante y sacó su pitillera. Dio pausadamente unos golpecitos al cigarrillo, lo encendió y arrojó las dos primeras bocanadas de humo como si dispusiera de una obra. Después puso en marcha el rojo «Hirondelle» y se deslizó marcha atrás por el camino a una velocidad que indicaba que no había vacilado en realizar la maniobra.

Hizo girar el coche en las puertas de la alquería y continuó con el gas apagado y sus vivaces ojos examinando vigilantes el panorama que tenía delante. El otro coche era más alto, y la mayor parte del tiempo podía verse su techo sobre los bajos setos que ocultaban al descapotado «Hirondelle». Pero era dudoso que la posibilidad de la persecución se hallara en las mentes de los otros, que debían tener la firme creencia de que «El Santo» se hallaba en aquellos momentos dirigiéndose inocentemente hacia el pueblo al que le habían encaminado. Una vez, en una bifurcación, los perdió. Pero casi en seguida observó un pequeño rizo de humo elevándose de entre la hierba de la orilla un poco más allá y se dirigió lentamente hacia aquella dirección. Era la colilla encendida de un cigarro que acababa de servir muy oportunamente de mojón indicador y «El Santo» sonrió y continuó.

En pocos segundos alcanzó al otro coche y después de pasarlo apretó los frenos e hizo detenerse al «Hirondelle» bruscamente.

El otro coche se había parado ante un solitario *cottage* cuyo techo era claramente visible. Rápidamente «El Santo» se apeó de su automóvil y caminó silenciosamente hacia adelante. Como en la vuelta se había hecho visible de los del coche, se deslizó a través de un boquete en el seto y avanzó por detrás de la casa. A plena luz del día no había ninguna posibilidad de seguir ocultándose. Pero la suerte le ayudó, y rápidamente ganó su objetivo sin ser observado. Una vez allí, una ventana abierta en la cocina fue otro eslabón en la cadena de oportunidades que tan benévolamente se le venían ofreciendo en esta aventura.

Rolfieri y el grupo de los Naccaro estaban ya dentro. Pudo oír el ahogado murmullo de sus voces cuando recorrió de puntillas el oscuro pasillo que conducía a la casa. Después permaneció ante la puerta de la habitación donde ellos se encontraban. A través del ojo de la cerradura le fue posible contemplar la escena. Rolfieri, todavía atado, estaba sentado en una silla, y los hermanos Naccaro se hallaban de pie delante de él. María estaba enroscada en un canapé, fumando un cigarrillo con una displicencia increíble en una mujer cuyo honor estaba en juego. La conversación se desarrollaba en italiano y era tan elocuente como aleccionadora.

—No podéis hacerme pagar —estaba diciendo Rolfieri con una obstinación que hubiera podido ser más convincente.

—Eso es cierto —admitió Naccaro—. Yo solamente puedo mostrarte las desventajas de no pagar. Estás en Inglaterra, donde la policía se alegraría mucho de verte. Tus amigos han sido ya juzgados y sentenciados, y tú irías muy fácilmente a reunirte con ellos. La condena más leve que a cualquiera de ellos se le ha impuesto ha sido de cinco años, y probablemente tú no escaparías con menos. Si te dejamos aquí y comunicamos a la policía dónde puede encontrarte, no tardarás mucho en verte en la cárcel. Sin duda, veinticinco mil libras es un precio muy pequeño para salvarte de eso.

Rolfieri permaneció un rato contemplando melancólicamente el suelo y después dijo:

—Os daré diez mil.

—Serán veinticinco mil o nada —replicó Naccaro—. Estoy seguro de que estás dispuesto a ser razonable. Danos lo que te pedimos y podrás abandonar Inglaterra antes de la noche. Le diremos a ese bobo de Templar que has accedido a casarte sin la persuasión del jabón y que te hemos llevado apresuradamente a la iglesia antes de que cambiaras de idea. Volará de nuevo a San Remo y tú no tendrás nada que temer.

—No tengo nada que temer ahora —repuso Rolfieri, como si estuviera intentando alentarse a sí mismo—. No os conviene entregarme a la policía.

—Te castigaremos por habernos hecho perder mucha parte de nuestro tiempo y bastante dinero —terció la muchacha en un tono que no dejaba lugar a dudas de que la venganza sería tomada sólo como último recurso.

Rolfieri se humedeció los labios y se retorció entre las cuerdas que lo mantenían sujeto. Era un hombre grueso, y ellos lo tenían bien amarrado. Quizá la vista de su cuerpo bien alimentado sujeto de aquella forma le hizo comprender algunos de los inevitables inconvenientes que le ofrecería la vida en presidio, siendo como era un amante de la buena vida, pues su voz fue más débil cuando volvió a hablar:

—No tengo tanto dinero en Inglaterra.

—Tienes más que eso en Inglaterra —contestó Naccaro ásperamente—. Lo tienes depositado en el Continental Bank a nombre de Pierre Fontanne, y nosotros tenemos un cheque contra ese Banco dispuesto para que lo firmes. Lo único que necesitamos es tu firma y una carta de tu puño y letra instruyendo al Banco para que efectúe el pago en dinero contante. Y será mejor que te decidas en seguida, pues estamos empezando a perder la paciencia.

Era inevitable que hubiera ulteriores discusiones sobre el tema, pero el éxito fue la conclusión.

El cheque fue firmado y la carta escrita, y Domenick Naccaro se los entregó a su hermano.

—Ahora dejadme libre —dijo Rolfieri.

—Te dejaremos marchar cuando Alessandro haya vuelto con el dinero —contestó Domenick Naccaro—. Hasta entonces, permanecerás aquí. María estará vigilándote mientras yo voy a la alquería y entretengo a Templar.

«El Santo» no necesitó oír más. Volvió a la cocina procurando no hacer ruido y salió por la misma ventana que había, entrado. Pero antes de hacerlo recogió un trofeo de un estante que había sobre la fregadera.

Domenick Naccaro llegó a la alquería poco después que él y encontró a «El Santo» leyendo un periódico.

—Rolfieri se ha casado con María —anunció triunfalmente besando a Simón en ambas mejillas—. Así quedará en secreto nuestra vergüenza sin necesidad de jabón. ¡Pero todo se lo debemos a usted, amigo mío!

—Supongo que sí —admitió «El Santo»—. ¿Dónde está la feliz pareja?

—¡Ah! Es todo un romance. Parece ser que el *signor* Rolfieri estaba enamorado de María y cuando ha sabido que tenía un hijo y la ha visto de nuevo ha accedido *presto*. Ahora han ido a Londres a comprar ropas y equipaje para poder llevársela con él en el viaje de la luna de miel. De modo que nosotros beberemos vino hasta que ellos regresen.

Pasaron una mañana agradable de la cual Simón Templar hubiera disfrutado aún más si la precaución no le hubiera obligado a tirar la bebida por detrás de la silla.

Algún tiempo después un coche se detuvo fuera y un Rolfieri macilento, un Alessandro Naccaro alegre y una María sonriente entraron juntos. Domenick se levantó de un salto.

—¿Está todo bien? —preguntó.

—Perfectamente —exclamó Alessandro.

Eso era precisamente lo que «El Santo» estaba esperando oír. Se levantó lentamente y sonrió.

—En este caso, muchachos —dijo muy despacio—, ¿queréis levantar todos los brazos y estaros muy quietos?

Había una automática en su mano y seis ojos se clavaron en él sorprendidos. Después Domenick Naccaro sonrió de un modo vacilante.

—Está usted gastándonos una broma, ¿no? —inquirió.

—Seguro —respondió «El Santo» amablemente—. Estoy gastándoos una broma. Algo realmente gracioso, que me hará reír estrepitosamente.

Atrajo al ceñudo Alessandro hacia él y le registró los bolsillos. «El Santo» realmente no se rió estrepitosamente, pero estuvo muy cerca de hacerlo cuando sacó un fajo de billetes de banco y los introdujo en su propio bolsillo.

—Esto es más bien desagradable para mí —dijo—, pero no tengo otro remedio que hacerlo. Vosotros sois una familia muy lista, si realmente sois una familia, y podréis consolaros con el pensamiento de que me habéis tenido engañado diez días. Cuando pienso qué fácilmente hubierais podido engañarme hasta el final, siento que un frío estremecimiento me recorre la espina dorsal. Realmente, muchachos, era un plan muy brillante, y desearía que se me hubiera ocurrido a mí.

—Ya verás lo que te ocurrirá la próxima vez, cerdo —dijo Domenick rudamente.

—Esperaré a verlo —prometió Simón.

Salió discretamente de la habitación y luego se dirigió a su coche. Ellos se reunieron en el umbral para verlo. Sólo cuando había puesto en marcha el auto, el *signor* Rolfieri consiguió reaccionar.

—¿Pero qué me va a pasar a mí? —gritó—. ¿Cómo regresaré a San Remo?

—Realmente no lo sé, camarada —contestó «El Santo» duramente—. Tal vez Domenick te ayudará de nuevo si le das más dinero. Veinticinco mil libras en vez de cinco años de cárcel es un precio bien barato.

Movió la palanca y el gran coche se puso en marcha. Pero un par de yardas más allá lo detuvo otra vez y hundiendo la mano en uno de sus bolsillos sacó lo que había

cogido en la cocina y se lo echó al enrojecido Domenick.

—Lo siento, hermano —gritó riéndose—. ¡Me había olvidado del jabón!

LOS HERMANOS AMANTES

—Usted nunca habrá visto un par de hermanos como ellos —dijo el locuaz Mr. Penwick—. Los dos disfrutaban mucho si fastidian a alguien, pero si uno de ellos puede engañar en algo al otro se considera el hombre más feliz del mundo.

Desgraciadamente las disensiones entre hermanos no son nada nuevo en la historia del mundo. Jacob y Esaú, y Caín y Abel diferían de un modo modesto, de acuerdo con las limitaciones de aquellos días. Walter y Willie Kinsall, viviendo en un tiempo en el que un plato de lentejas no tienen un gran valor, disentían en una escala mucho más pródiga.

Naturalmente, la importancia de su desacuerdo era algo que había ido aumentando a través de los años. Cuando Walter, a los cuatro años de edad, se dio cuenta de que Willie, de dos meses de edad, absorbía la mayor del tiempo y de las atenciones de sus padres y se dispuso a romperle la crisma con un *tomahawk* de juguete, sus celos eran simplemente embrionarios. Cuando Willie, a los siete años de edad, descubrió que permaneciendo despierto por la noche hasta después de que, Walter, de once años de edad; se hubiera quedado dormido, podía registrar los bolsillos de su hermano y apoderarse de sus dulces de sus peniques y de otras menudencias, sus ideas de desquite estaban solamente pasando por un período experimental. Pero cuando Walter, a los veinte años de edad, descubrió que era capaz de imitar la escritura de Willie, de dieciséis años de edad, tan perfectamente que logró sacar del Banco parte de los ahorros de Willie, puede decirse que su disensión alcanzó muy de cerca las cúspides a las cuales había de elevarse más tarde.

Las crudas decepciones de la juventud, por supuesto, dieron lugar a estratagemas más sutiles y menos ilegales cuando los años les dio experiencia y adquirieron más astucia. Incluso sus relaciones personales estaban revestidas con una especiosa afabilidad que no engañaba a ninguno de los dos.

—¿Por qué no vas a mi finca a pasar el fin de semana? —sugirió Willie, a la edad de veintisiete años.

Walter fue a su finca, y al caer la noche entró en el estudio y examinó toda la correspondencia privada de Willie que pudo hallar, obteniendo un conocimiento de los asuntos de su hermano que le permitió hacer fracasar el deseo de Willie de adquirir un almacén de zapatos en quiebra que iba a ser vendido a bajo precio.

—Ven a comer conmigo un día —invitó Walter, a la edad de treinta y cinco años.

Willie fue en un momento en que Walter estaba fuera y engañó a una descarriada secretaria para que le permitiera esperar a Walter en su despacho privado. De las cartas que había sobre el escritorio obtuvo la información gracias a la cual obtuvo posteriormente una concesión minera en el África portuguesa, arrebatándosela a Walter en sus mismas narices.

El parlanchín Mr. Penwick conocía muchas otras anécdotas de esta misma especie que establecían más allá de toda duda el fraternal afecto de los hermanos Kinsall.

—Incluso su padre se ha hartado de ellos —dijo Mr. Penwick—. Supongo que habrá oído usted hablar de sir Joseph Kinsall, el millonario sudafricano. Bien, él es su padre. Ahora vive en Málaga, según he oído decir. Yo era su abogado antes de que me inhabilitaran. Por eso aún tengo en casa su último testamento. Viviendo en el extranjero, no se ha enterado de mi desgracia y yo conservo el testamento porque espero ser rehabilitado. Me dio mucho trabajo sobre ese particular. Primero hizo un testamento dejando todos sus bienes a sus dos hijos por partes iguales. Después tomó otra decisión y lo dejó todo a Walter. Luego resolvió dejárselo todo a Willie. Después mandó anular este testamento e hizo otro. Le era difícil llegar a la conclusión de cuál de ellos era el peor. Recuerdo que una vez...

Lo que Mr. Penwick recordó puede muy bien ser pasado por alto. Su locuacidad se debía en parte a una inclinación temperamental mientras que el resto podría atribuirse con justicia a los muchísimos vasos de ginebra que Simón Templar le había pagado ya.

«El Santo» había encontrado a Mr. Penwick por vez primera en un bar del West End y después había vuelto a encontrarlo muchas veces en otros bares. Nunca tenía el suficiente valor para destruir la creencia de Mr. Penwick respecto a que su rehabilitación estaba justamente a la vuelta de la esquina, pero es dudoso que el propio Mr. Penwick creyera en ello realmente. La ginebra era la debilidad de Mr. Penwick, y después de muchos encuentros con sus llorosos ojos, sus trémulas manos y su enrojecida y bulbosa nariz, era difícil imaginar que pudiera volver a desempeñar su antigua profesión de abogado. Sin embargo, Simón Templar había buscado muchas veces su compañía, pues «El Santo» no era un fachendoso y tenía que pensar en su propia vocación.

Los no iniciados tal vez suponen que la carrera de un bandido del siglo xx no es más que una serie de dramáticas hazañas con períodos destinados a disfrutar los mal adquiridos bienes, pero nada puede hallarse más lejos de la verdad. El trabajo de «El Santo» no estaba nunca hecho. Él sabía mejor que nadie que el maná raramente cae del cielo, y cuando no se entregaba a sus tareas utilizaba el tiempo que le quedaba libre para reunir pistas, recoger fragmentos de conversaciones referentes a lo que pudiera interesarle y planear los pasos que habría de dar en futuras acciones. Seguía veinte pistas falsas por cada una que le rendía un verdadero beneficio y no se atrevía a pasar ninguna por alto, pues nunca podía saberse cuál era la que produciría un provecho.

La locuacidad de Mr. Penwick era digna de consideración. Los abogados se enteran de muchos secretos, y cuando no pueden ejercer la profesión y su marcha hacia abajo está lubricada por su afición a la bebida y no poseen los medios económicos para permitírsela tan profundamente como desearían, siempre existe la probabilidad de que un moderno bucanero dispuesto a pagar ginebra en cantidades

ilimitadas pueda más pronto o más tarde oír algo susceptible de resultarle provechoso algún día.

Pasaron algunas semanas antes de que Mr. Penwick revelara su utilidad. Simón no pensaba en él en absoluto cuando Patricia Holm levantó la cabeza del periódico que estaba leyendo y dijo:

—Veo que tu amigo sir Joseph Kinsall ha muerto.

«El Santo», que estaba fumando un cigarrillo en el alféizar de la ventana y mirando las manchas de luz que el sol formaba en Green Park, no se sintió excesivamente impresionado.

—No es amigo mío, sino del borrachín de Penwick —dijo, e instantáneamente recordó las historias que Mr. Penwick le había contado—. ¿Puedo verlo?

Leyó las noticias, y supo que sir Joseph había muerto de un ataque de neumonía a las diez de la mañana anterior. Una conocida firma de abogados londinenses parecía hallarse en posesión de su testamento, y la disposición de su vasta fortuna probablemente se daría a conocer el día siguiente.

—Bien, esto dará a Walter y a Willie un nuevo motivo para disputar —observó Simón.

No volvió a pensar en ello hasta aquella misma noche, cuando una noticia posterior le hizo saber que los millones de Kinsall, de acuerdo con un testamento fechado en 1927, serían repartidos en partes iguales entre los dos hijos.

Esto parecía dar por terminado el caso y Simón se dijo que al final sir Joseph había encontrado la respuesta a la elección entre aquellos dos herederos tan encantadores con los cuales le habían bendecido los dioses. Desechó el asunto con un característico encogimiento de hombros y se dijo que era una de las muchas pistas falsas que había encontrado en su camino durante sus doce años de caza ilegal. Después volvió la página para comprobar los resultados de las 4.30, y de pronto una mano vacilante le asió por la manga. Se volvió a mirar y se encontró con el parlanchín Mr. Penwick ataviado con una levita arrugada y comida por la polilla y un sombrero de copa que sé había vuelto verde en el transcurso de los años.

—¡Hola! —murmuró Simón encargando automáticamente un doble de ginebra—. ¿A qué funeral ha asistido?

Mr. Penwick cogió el vaso de ginebra, tragó la mitad de su contenido y se enjugó la boca con la manga.

—¡Hola, muchacho! —dijo gravemente—. Voy a ser rehabilitado. Felicíteme.

Indudablemente estaba muy borracho, y «El Santo» se relajó en una atención superficial.

—¡Magnífico! —dijo cortésmente—. ¿Cuándo lo ha sabido?

—Van a rehabilitarme ahora —repuso Mr. Penwick—, porque solamente yo poseo el legítimo testamento de Kinsall. ¿Ha leído usted las noticias? Dicen que el dinero será dividido entre Walter y Willie de acuerdo con el testamento hecho en 1927. ¡Bah! Ese testamento fue revocado hace años. Yo tengo el testamento otorgado

el año 1932, de modo que tendrán que rehabilitarme. No pueden mantener apartado de la profesión a un abogado que posee el legítimo testamento de un millonario.

La relajación de Simón se desvaneció en un instante. Miró a su alrededor con súbita alarma, pero afortunadamente el bar estaba vacío y el *barman* se hallaba charlando con su colega en el otro extremo del mostrador.

—Espere un momento —dijo firmemente y condujo al vacilante Mr. Penwick a una mesa situada lo más lejos posible de cualquier posible curioso—. Dígame eso otra vez, ¿quiere?

—Es muy sencillo —dijo Mr. Penwick vaciando su vaso y mirando patéticamente a su alrededor en busca de una botella—. Yo tengo el último testamento de Kinsall que revoca todos los otros. He decidido ir a la Cámara de Abogados tan pronto como he leído las noticias, pero primero me he detenido a tomar un vaso para celebrarlo. Lo expondré todo en la Cámara de Abogados.

Extendió sus brazos para ilustrar el tema esparciendo la noticia a los cuatro vientos.

—Esperaré hasta mañana. Ahora tomaré otro vaso. Hay que celebrarlo.

Rebuscó en sus bolsillos y sacó dos medios peniques y un medio chelín. Los puso sobre la mesa y los miró parpadeando confusamente un momento, y después, como si por fin se hubiera dado cuenta del indiscutible total, se cubrió el rostro con las manos y estalló en lágrimas.

—Se ha ido todo —sollozó—. Sé ha ido todo. El dinero se ha ido. Préstame una libra, muchacho, y me pagaré otro vaso.

—Mr. Penwick —dijo «El Santo» lentamente—, ¿tiene usted ese testamento aquí?

—Por supuesto que lo tengo aquí. Ya le he dicho, muchacho, que me dirigía a la Cámara de Abogados a enseñarlo para que me rehabilitaran. Por favor, págume un vaso.

Simón tomó su propio vaso y bebió sin precipitación.

—Mr. Penwick, ¿quiere usted venderme ese testamento?

El abogado levantó, sorprendido, sus espesas cejas.

—¿Vendérselo, muchacho? —Eso es imposible. Lo impide la ética profesional. No está permitido vender un testamento. Préstame diez...

—Mr. Penwick —le interrumpió «El Santo»—, ¿qué haría usted si tuviera quinientas libras al año por toda la vida?

El abogado tragó saliva ruidosamente, y una expresión de éxtasis inmovilizó sus facciones. Sus lágrimas brillaron como la luz del sol a través de un chubasco de abril.

—Compraría ginebra —contestó—. Botellas y botellas y botellas de ginebra. Barriles de ginebra. Tendría una bañera de ginebra y me bañaría en ella antes de acostarme todas las noches.

—Le ofrezco quinientas libras al año por ese testamento —dijo «El Santo»—. Usted no necesita preocuparse mucho acerca de su ética profesional. Le doy mi

palabra de que no destruiré ni ocultaré el testamento. Simplemente me gustaría disponer de él un día o dos.

Una hora después conducía caballerosamente al vacilante Mr. Penwick al apartamento del ex abogado, pues es un hecho lamentable que Mr. Penwick se desplomó más rápidamente bajo el celo con el cual insistió en celebrar la venta de su potencial rehabilitación. Simón se dirigió luego a su propio apartamento y dio cuenta a Patricia de su compra.

—¿No estás corriendo un riesgo tremendo? —preguntó ella ansiosamente—. Penwick no será capaz de mantenerlo en secreto.

—Me temo que ni siquiera el cloroformo sería capaz de impedir que Penwick hable —admitió Simón—. Pero pasará algún tiempo antes de que su historia pueda ser peligrosa, y yo espero obtener el fruto de ese testamento antes de que llegue a suceder eso.

Patricia encendió un cigarrillo.

—¿He de ayudarte?

—Tendrás que representar el papel de una secretaria descontenta con ambiciones mundanas y ningún sentido moral —contestó él—. Te será fácil desempeñar ese papel.

Mr. Willie Kinsall no había oído hablar nunca de Patricia Holm.

—¿Cómo es? —le preguntó a la mecanógrafa que le pasó su tarjeta.

—Encantadora —respondió la muchacha cínicamente.

Mr. Willie Kinsall reflexionó un momento, y luego dijo:

—La recibiré.

Cuando la vio, admitió que la descripción era correcta. Patricia era hermosa, pero en honor de Mr. Willie había recurrido a un vívido *rouge* y una generosa cantidad de maquillaje para reducirse a sí misma a algo aproximado a lo que «El Santo» estimaba debían ser los gustos de Mr. Willie.

—¿Cómo está usted, querida? —dijo—. No creo que nosotros hayamos... sido...

—No hemos sido —contestó la muchacha firmemente—. Pero lo seremos. Yo soy la secretaria de su hermano Walter... o lo era.

Mr. Willie frunció el ceño interrogativamente.

—¿Le ha enviado él a verme?

Patricia echó hacia atrás la cabeza y lanzó una ruidosa carcajada.

—¡Enviarme a verle a usted! Si supiera que he venido aquí probablemente me mataría.

—¿Por qué? —inquirió Willie Kinsall cautamente.

Ella se sentó en una esquina del escritorio, sacó un cigarrillo de su paquete y meció una bien formada pierna.

—Escuche, amigo —dijo—. He venido aquí para ver qué puedo conseguir. Su hermano me ha despedido de un buen empleo sencillamente porque he cometido una pequeña equivocación y me agradecería ver a alguien hacerle una mala partida. Por lo que le he oído decir, algunas veces ustedes no parecen quererse mucho el uno al otro. Bien, creo que puedo ofrecerle a usted la oportunidad de hacerle a él algo que lo pondrá enfermo. Las noticias serán tuyas si está dispuesto a pagarlas.

Mr. Kinsall tamborileó con los dedos sobre el escritorio y sus ojos se entornaron pensativamente. Ni aun haciendo un esfuerzo de imaginación hubiera podido ser descrito como un hombre guapo, pero sentía una natural simpatía por las encantadoras muchachas de su tipo que le llamaban con tan cariñosos nombres. El joven de dieciséis años con cara de ratón no había alcanzado ningún atractivo al convertirse en el Willie Kinsall de treinta y ocho años. Era un tipo flaco con el mismo aspecto de ratón, y cuando estrechaba sus ojos parecidos a abalorios casi desaparecían en sus hundidas cuencas.

—Lamento que haya perdido usted su empleo —dijo insinceramente—. ¿Cuál es la equivocación que cometió?

—Abrir una carta, eso es todo. Naturalmente yo abría todas las cartas en la oficina pero aquella decía: «Privada y confidencial». Yo había llegado tarde aquella mañana y tenía tanta prisa que no me di cuenta de lo que decía en el sobre. Precisamente acababa de leerla cuando Walter entró en el despacho y se puso furioso. Y luego me despidió. Esto sucedió ayer mismo.

—¿De qué trataba esa carta? —preguntó Mr. Kinsall.

—Del testamento de su padre —contestó ella.

Mr. Kinsall se levantó.

—Era de un hombre a quien yo había visto con él una o dos veces antes —prosiguió Patricia—. Escuché por el ojo de la cerradura cuando estaban hablando y de este modo supe que el testamento del cual se ha hablado en los periódicos no es el último que hizo su padre. Ese individuo, que es abogado, tiene uno que fue redactado más tarde, y Walter estaba intentando comprárselo. La carta que yo leí era del abogado y en ella decía que había decidido aceptar las diez mil libras que Walter le había ofrecido por él.

Los ojos de Mr. Willie habían recobrado su brillo habitual. Durante la última parte de la charla de la muchacha habían adquirido su expresión normal, y al final se mostraban desmesuradamente abiertos. Durante unos segundos permaneció sin voz y después estalló:

—¡El muy cochino!

Esa fue su inmediata e inevitable reacción, pero las demás palabras le fue más difícil pronunciarlas. Si Walter estaba dispuesto a pagar diez mil libras por el testamento... ¡Diez mil libras! Si el testamento las valía, eso sólo quería decir que grandes sumas de dinero estaban en juego... y Willie sólo podía ver una explicación a este hecho. El segundo testamento había desheredado a Walter. Todos los millones de

Kinsall habían sido legados a Willie. Y Walter estaba tratando de comprarlo para destruirlo... para privarle a él de su herencia.

—¿Cuál es el nombre del abogado? —preguntó roncamente.

Patricia sonrió.

—Ya suponía que le interesaría saberlo —dijo—. Bien, conozco su nombre y su dirección, pero eso le costará dinero.

—¿Cuánto? —inquirió él—. Si es una suma razonable, se la daré.

Ella expulsó una bocanada de humo y lo contempló especulativa durante un momento.

—Quinientas —dijo lentamente.

Willie la miró fijamente, se atragantó y sufrió un estremecimiento. Después, con una expresión de terrible agonía en el rostro, tomó su pluma y escribió.

Patricia examinó el cheque y lo puso en su bolso. Después cogió un cuaderno y un lápiz y escribió un... nombre y una dilección.

Willie arrancó la hoja y la miró temblorosamente un segundo. Entonces se levantó jadeante de su silla y dijo:

—Excúseme. He de hacer algo. Venga a verme otra vez. Buenos días.

Poco después montaba en un taxi y se dirigía a la dirección que ella le había dado. Se sentía sumamente nervioso cada vez que había una parada de tráfico o un camión obstruía el paso. Daba saltos sobre su asiento, se quitaba el sombrero, miraba el reloj, contemplaba su sombrero, se enjugaba la frente, asomaba la cabeza por la ventanilla, farfullaba, boqueaba y sudaba con una angustiosa impaciencia que le tenía al borde del delirio. Cuando por último llegaron a la casa donde vivía el abogado, saltó rápidamente del taxi, sacó un puñado de monedas con manos desmañadas, puso algunas en la palma del conductor y la mayor parte las dejó caer al suelo. Subió, maldiciendo, los escalones y pulsó el timbre con una violencia inusitada. Mientras esperaba, encolerizado, sacó otra vez su reloj, se le cayó, intentó cogerlo, no lo consiguió y lo pisoteó salvajemente con furia. Luego se abrió la puerta y una criada lo miró con curiosidad.

—¿Está Mr. Penwick? —preguntó Willie secamente.

—Creo que sí —contestó la criada—. ¿Quiere usted entrar?

La invitación era innecesaria. Respirando como un hombre que ha corrido una milla sin detenerse, Mr. Willie Kinsall entró y experimentó una impaciencia atormentadora hasta que la puerta de la habitación en la cual había sido introducido se abrió y entró un hombre alto.

Sería superfluo explicar que el nombre de aquel individuo no era realmente Penwick. Willie Kinsall no se detuvo a considerar este punto, pues aquel hombre tenía el aspecto de un abogado de unos cuarenta años, lo cual demuestra qué efectos podía lograr Simón con un traje negro, un cuello duro y una corbata de lazo, unos lentes con montura de oro y algunos polvos esparcidos en sus cabellos.

Willie Kinsall no se detuvo a crear una línea de diplomática aproximación.

—¿Dónde está el testamento, granuja? —preguntó trémulamente.

El falso Mr. Penwick levantó sus cejas grises.

—No creo tener... el placer...

—Mi nombre es Kinsall —dijo Willie, saltando sobre un sombrero de copa—. Y deseo ese testamento... el testamento que usted intenta vender al sucio estafador de mi hermano. ¡Y si no lo consigo iré directamente a la policía!

El abogado chasqueó sus dedos.

—¿Qué prueba tiene usted, Mr. Kinsall, de la existencia de ese testamento? —inquirió amablemente el abogado.

Willie dejó de saltar por un momento. Y después, con una penosa sensación, resopló violentamente. No tenía ninguna prueba, y lo sabía.

—Está bien —dijo—. No iré a la policía. Se lo compraré. ¿Cuánto quiere por él?

Simón frunció los labios.

—No sé si el testamento está en venta —contestó—. El cheque de Mr. Walter está ya en mi Banco, y solamente estoy esperando que sea librado antes de entregarle el documento.

—¡Eso es absurdo! —gritó Willie, usando una expresión mucho más descortés—. Walter no lo tiene aún. Yo le daré tanto como él le dé... y usted no tiene por qué devolverle el dinero. No se atreverá a ir al tribunal y decir por qué se lo ha entregado.

«El Santo» sacudió la cabeza.

—No creo que pueda deshacer mi trato, por menos de veinte mil libras.

—¡Es usted un ladrón, un granuja! —aulló Willie.

—Es lo mismo que yo pienso de usted —respondió suavemente el supuesto Mr. Penwick—. Y a propósito, el pago ha de ser hecho en dinero contante. Puede ir a su Banco y volver con el dinero. No me agrada insistir sobre ello, pero Mr. Walter ha dicho que volvería dentro de una hora y si usted está dispuesto a hacer su ofrecimiento en una forma aceptable...

Willie no se detuvo a pensarlo. Partió a una velocidad que eclipsó la de su llegada y Simón Templar se dirigió al teléfono y llamó a Patricia.

—Has hecho un gran trabajo, querida —dijo—. ¿Cuánto le has sacado?

—Quinientas libras —contestó ella alegremente—. Me ha dado un cheque al portador y me he ido directamente a su Banco. Me iré a comprar algunas ropas cuando me quite esta pintura de la cara.

—Compra una pulga saltarina y llámala Willie —dijo «El Santo»—. Deseo conservarla como si fuera un falderillo.

Aún no había transcurrido una hora cuando el timbre de la puerta de la calle sonó de nuevo. Simón miró por la ventana y vio fuera la forma de Walter.

Mr. Walter Kinsall era un poco más alto y fornido que su hermano, pero el aspecto ratonil de su rostro y sus pequeños ojos semejantes a abalorios eran totalmente parecidos a los de Willie. Pero su semejanza externa no pasaba de ahí, pues Walter no procedía de un modo histérico.

—Bien, Mr. Penwick —dijo suntuosamente—, ¿ha sido librado mi cheque?

—Supongo que sí —contestó «El Santo»—. Si tiene la bondad de esperar un instante, iré a telefonar al Banco para estar seguro.

Lo hizo así, mientras el mayor de los Kinsall se frotaba las manos. Estaba reflexionando con una satisfacción benévola en la afortunada circunstancia de que llevara aquel nombre, pues gracias a ello cuando el abogado había buscado en la guía telefónica la dirección de los parientes del difunto sir Joseph, había hallado primero el nombre de Walter. Lo que hubiera podido suceder si el orden alfabético hubiese sido diferente, era algo que no quería ni siquiera pensar.

—Su cheque ha sido librado —dijo «El Santo» volviendo a la habitación, Walter resplandeció de júbilo.

—Entonces, Mr. Penwick, ya puede darme el testamento.

Simón frunció las cejas y murmuró:

—La situación es más bien un tanto difícil.

El rostro de Walter se oscureció.

:—¿Qué diablos quiere decir? —inquirió ásperamente—. Usted tiene ya su dinero. Si está intentando...

—El caso es que su hermano ha venido a verme —explicó Simón.

Walter boqueó apopléticamente por un instante y después dio un paso amenazador hacia Simón.

—¡Cochino hipócrita...!

—Espere un minuto —dijo «El Santo»—. Creo que Willie ha vuelto.

Pasó junto al aterrorizado Walter y fue otra vez a abrir la puerta de la calle. Willie estaba en el descansillo, con sus flacas mejillas hinchadas y temblando como si acabara de escapar de las garras de un gato hambriento. Rebuscó en sus bolsillos, sacó un grueso fajo de billetes de banco, y lo puso en manos de «El Santo» cuando entraron en el vestíbulo.

—Tenga, Mr. Penwick —jadeó—. No he tardado, ¿verdad? Ahora deme...

En aquel momento entró en la habitación que «El Santo» había alquilado para aquella ocasión y vio a su hermano. El hecho de que no pudiera acabar la frase es comprensible.

Por un instante reinó un absoluto silencio, mientras los dos hermanos se miraban mutuamente con una terrible rigidez. Simón Templar sacó su pitillera y escogió un cigarrillo lentamente, mientras Willie miraba a Walter con los ojos inyectados en sangre; y Walter miraba ceñudo a Willie con unas manchas de espuma en sus labios. Después «El Santo» hizo funcionar su encendedor, y ante el ligero sonido, como si la camisa invisible de fuerza que los tenía inmovilizados les hubiera sido quitada, los dos hombres avanzaron el uno hacia el otro lanzando simultáneas exclamaciones de furor.

—¡Cochino fullero! —gritó Walter.

—¡Maldito pillastre! —aulló Willie.

Y después, como si aquel cálido intercambio de cumplidos fraternales les hubiera hecho darse cuenta de que había un tercero presente que no había sido incluido y que podía haberse sentido miserablemente olvidado detuvieron su furioso avance y se volvieron bruscamente los dos a la vez.

Los epítetos brotaron de sus mentes y afloraron a sus labios más rudos, duros y malignos que todos cuantos habían concebido a lo largo de sus vidas. Y después, mostrándose de acuerdo en esto se dieron cuenta de que aquellas palabras no podían ser pronunciadas y, privados de esa válvula de escape, se sumieron en un profundo silencio.

Walter fue el primero que consiguió hablar. Se aclaró su dolorida garganta y dijo con acento tembloroso:

—Penwick, cualquiera sea el dinero que este estúpido le haya dado a usted, yo le pagaré dos veces más.

—Yo le pagaré tres veces más —gritó Willie febrilmente—. Cuatro veces..., cinco veces... Le daré el veinte por ciento de lo que yo herede...

—¡Y yo el veinticinco por ciento! —gritó Walter salvajemente—. ¡El veintisiete y medio...!

«El Santo» levantó su mano.

—Un minuto, muchachos —dijo—. ¿No será mejor conocer primero los términos en que está redactado el testamento?

—Yo los conozco —aulló Walter.

—Y yo también —gritó Willie—. Le daré el treinta por ciento...

«El Santo» sonrió. Sacó del bolsillo interior de su americana un gran sobre sellado y lo abrió.

—Debo desengañarles —dijo.

Y les tendió el documento para que lo leyeran.

Los dos se juntaron, respirando con un estertor y leyeron:

Yo, Joseph Kinsall, por la presente doy y lego todo lo que a mi muerte poseo, sin excepción, al Real Hospital de Londres, creyendo que será mejor empleado que si lo hubiera dejado a mis dos indignos hijos.

Era la última voluntad de sir Joseph Kinsall escrita por su propia mano y convenientemente firmada, sellada y testificada.

Simón dobló el documento y se lo guardó otra vez cuidadosamente. Entonces Willie miró a Walter, y Walter miró a Willie. Por primera vez; en sus vidas estuvieron absoluta y unánimemente de acuerdo. Sus dos mentes no tenían más que un solo pensamiento. Los dos contuvieron el aliento y se volvieron...

Fue una desgracia que ninguno de los dos se considerara muy fuerte y que Simón Templar, en cambio, lo fuera. Además, habían prometido a Mr. Penwick que el

testamento no sufriría ningún daño.

EL AMANTE DE LAS HORMIGAS

—Me pregunto qué sucedería si te convirtieras en un respetable hombre de negocios —dijo Ivar Nordsten a «El Santo» aquel atardecer.

Simón Templar sonrió tan inocentemente que por un instante su apodo hubiera podido parecer justificado... a no ser por el débil destello de burla que se agitó en el fondo de sus ojos azules.

—La cuestión está un poco traída por los cabellos, Ivar. Igualmente podrías especular acerca de lo que sucedería si yo fuera un marciano o un caballo.

Estaban sentados en la veranda de la casa de Ivar Nordsten... cuyo nombre no era realmente Ivar Nordsten, pero que vivía y era el dueño de una fabulosa cantidad de millones sólo porque en una de las escapadas ilegales de «El Santo» sus caminos se habían cruzado en un tiempo en que la muerte le habría parecido una feliz liberación. En realidad no habría experimentado nunca el deseo de cambiar la historia de aquel Robin Hood del siglo xx, cuyas facciones morenas y descuidadas podían ser encontradas en los archivos de la policía de casi todo el mundo y cuyo alegre descaro había conseguido en su tiempo que los bajos fondos de cinco continentes zumbaran como nidos de furiosas avispas. Pero con aquel talante de ociosa fantasía que se establece en el ánimo al sentirse envuelto por el cálido atardecer de Florida, Nordsten habría sido capaz de iniciar cualquier descabellada conversación con el único objeto de complacerse escuchando a su amigo.

—La sugerencia no es tan absurda —dijo—. Tú nunca has querido admitirlo, pero lo cierto es que en ti hay muchos instintos respetables.

—Pero también tengo muchos despreciables que debo mantener bajo control —contestó «El Santo» gravemente—. ¡Y es siempre tan divertido mimar los instintos de esa especie...! No, Ivar, no he de dejar que tengas esta opinión de mí. Si yo fuera un cínico, en el psicoanálisis de mí mismo probablemente diría que la razón por la cual remuevo las más evidentes excrecencias de la raza humana es porque ello parece estar de acuerdo con mis instintos respetables. Luego puedo dejar libres todos mis otros instintos para entregarme al problema mecánico y extraer todo el gozo del pecado original sin sentir por ello ningún escrúpulo de conciencia.

—Pero tú te contradices. El mero hecho de que te refieras en esos términos a lo que tú llamas las más evidentes excrecencias de la raza humana demuestra que tienes unas normas morales por las cuales juzgas a la gente y que además sientes algún interés por la raza humana.

—La raza humana —dijo «El Santo» sombríamente— es una repulsiva, estúpida, hinchada, mal proporcionada y fea masa de carne consciente cuya principal justificación respecto a su existencia es que proporciona un fondo de contraste sobre

el cual mi perfección espiritual puede lucir con un brillo solamente aventajado por el tuyo.

—Tienes una modestia natural que yo nunca había sospechado —observó Nordsten sonriendo—. Desde luego, creo que te avendrás muy bien con el doctor Sardón.

—¿Quién es?

—Un vecino mío. Cenaremos con él esta noche.

Simón frunció el ceño.

—Debo advertirte que viajo sin traje de etiqueta —empezó a decir, pero Nordsten sacudió su cabeza maliciosamente.

—Al doctor Sardón le agradan los trajes de etiqueta aún menos que a ti. Y por otra parte tampoco se te ocurrió advertirme que ibas a venir. Así, pues, ¿qué puedo hacer yo? Hace una semana que acepté su invitación, de manera que cuando tú llegaste no pude hacer otra cosa que decirle a Sardón lo que había sucedido. Por supuesto, insistió en que vinieras. Yo creo que desea interesarte.

«El Santo» suspiró resignadamente y movió suavemente el *highball* en su vaso de forma que el hielo tintineó.

—¿Por qué podría interesarme yo por cualquiera de tus vecinos? —protestó—. No he venido aquí a cometer crímenes, y estoy seguro de que todas esas gentes son respetables como buenos millonarios.

—El doctor Sardón no es un millonario. Es un brillante biólogo.

—¿Qué es lo que hace?

—Es muy amante de las hormigas —contestó Nordsten seriamente.

«El Santo» se levantó, acabó su bebida lentamente y dejó el vaso.

—Ahora me doy cuenta de que este clima no está de acuerdo contigo —dijo—. Levántate y bajemos a la pista de tenis. Yo te pondré en tu lugar antes de que se eche la noche.

Sin embargo, acudió aquella noche a casa del doctor Sardón con un espíritu de despreocupada curiosidad. Antes ya había conocido a algunos científicos, hombres que se sumergían miles de pies en el mar para ver manar la globigerina y hombres que proyectaban complicados aparatos eléctricos para fabricar oro en sus laboratorios, pero ésta era la primera vez que oía hablar de un biólogo aficionado a las hormigas. Todo lo que se saliera de lo ordinario representaba un posible material para «El Santo». Hay que admitir que al simplificar su propia carrera a las elementales ecuaciones por las cuales las excrecencias de la raza humana podían ser absorbidas, se hacía a sí mismo poca justicia.

Pero no había nada en el hombre bien afeitado y cuadrado que le fue presentado como el doctor Sardón capaz de quitarle el aliento a un duro bandido. Podía ser un doctor eficiente con una clientela exclusiva y sofisticada, pero también hubiera podido ser un bolsista afortunado, o el administrador de alguna casa comercial.

Estrechó sus manos brusca y casi mecánicamente y pareció justipreciar a «El Santo» con una rápida mirada a través de sus lentes montados al aire.

—No, no han venido tarde, Mr. Nordsten. En realidad, he estado trabajando hasta hace veinte minutos. Si hubieran venido más temprano me habría sentido completamente embarazado.

Les presentó a su sobrina, una muchacha morena y delgada con una serena y remota belleza que habría resultado fría de no haber estado aliviada por el amistoso brillo de sus ojos castaños. Simón admitió que a su alrededor había las cosas suficientes para atraer la atención de un bucanero moderno.

—Carmen ha estado ayudándole. Obtuvo una buena graduación en Columbia.

No hizo ninguna otra referencia a sus investigaciones, y Simón reconoció en él al moderno tipo de científico cuya pose cultivada es precisamente una afectación tan de buen tono como la misteriosa excentricidad que solían mostrar sus barbudos predecesores. El doctor Sardón habló de política, de golf y del arte de Otto Soglow. Era un entretenido y eficaz conversador, pero pareció no haber oído hablar nunca de biología hasta que a mitad de la cena Ivar Nordsten diestramente hizo derivar una discusión de jardinería a un tema sobre la plaga de insectos.

—Aunque, por supuesto —dijo—, usted no los llamará plaga.

Fue extraño ver el oscuro resplandor que brilló en los ojos de Sardón.

—Ese es un término muy popular —dijo con voz profunda y vibrante—, y supongo que a mí me corresponderá transformarlo. Sería mucho más razonable que los insectos hablaran de las plagas humanas.

Se volvió hacia Simón.

—Espero que Mr. Nordsten le haya dicho lo de la... abeja en mi bonete —dijo—. ¿Sabe usted por casualidad algo referente al asunto?

—Una vez yo tuve una pulga —repuso «El Santo»—. La llamaba Goebbels. Pero me abandonó.

—Entonces usted se sorprendería si supiera que la mayoría de las más sensacionales realizaciones del hombre fueron superadas por los insectos hace centenares de años sin ayudas artificiales. La gente habla de la edad de la rapidez y de la conquista del aire, y sin embargo la mosca *cephenomia*, la criatura viviente más veloz, puede dejar atrás al más ligero de sus jactanciosos aeroplanos. ¿Cuál es la más grande maravilla científica del siglo? Probablemente usted dirá que la radio. Pero Count Arco, el alemán experto en radio, ha demostrado la existencia de una clase de telegrafía sin hilos, o telepatía, existente entre ciertas especies de escarabajos, los cuales pueden comunicarse aunque estén separados por varias millas. Lakhovsky ha demostrado que esto es común a otros muchos insectos. Cuando las termitas *redemanni* construyen sus torres cónicas de veinticinco pies coronadas con chimeneas de diez pies ejecutan una maravilla de ingeniería más grande que la que pueda representar la construcción del Empire State Building^[3]. Si nos igualáramos a ellas,

en proporción a nuestro tamaño, podríamos levantar rascacielos de miles de pies de altura... y sin ninguna clase de herramientas.

—Yo creía que las hormigas trabajaban hacia dentro —murmuró Nordsten.

—Las termitas no son verdaderas hormigas. El término «hormigas blancas» es un nombre impropio. En realidad están emparentadas con las cucarachas. Yo simplemente las he mencionado como uno de los insectos inferiores más notables. Poseen una soberbia organización social y pueden ser incluso mejores estrategias que las verdaderas hormigas, pero no están destinadas a conquistar el globo. La razón es que no pueden resistir la luz y no pueden tolerar temperaturas inferiores a veinte grados centígrados. Por eso sus campos de expansión serán siempre limitados. Son uno de los falsos orígenes de la Naturaleza. Son especies mucho más antiguas que el hombre, y han evolucionado lo más lejos que probablemente pueden evolucionar... No sucede lo mismo con las verdaderas hormigas.

Se inclinó hacia delante sobre la mesa con el semblante transfigurado como si estuviera en una especie de trance.

—Las verdaderas hormigas están destinadas a regir la Tierra. ¿Pueden ustedes imaginar una sociedad en la que no haya ociosidad, pobreza, paro obrero y ninguna inquietud? Los seres humanos decimos que eso es una utopía, y sin embargo esa utopía existía entre las hormigas cuando el hombre era un salvaje velludo que apenas se diferenciaba de un mono. Ustedes pueden decir que es incompatible con el progreso... que solamente puede lograrse del mismo modo que se ejecuta con los animales domésticos. Pero la hormiga tiene los mismos instintos que en su tiempo indujeron al hombre a convertirse en el tirano de la creación. Las *lasius fuliginosas* mantienen y ordeñan sus propios animales domésticos. Las *polyergus rufescens* y las *formicas sanguineas* capturan esclavos y los obligan a trabajar. La *messor barbaras*, la hormiga campesina, cosecha y almacena grano. La *attiini* cultiva hongos en sus casas subterráneas. Y todas estas cosas son hechas, no para obtener una ganancia privada, sino en beneficio de toda la comunidad. ¿Puede el hombre con todos sus progresos alardear de esto?

—Pero si las hormigas tienen tantas ventajas —dijo «El Santo» lentamente— y se civilizaron con anterioridad al hombre, ¿por qué no han conquistado la Tierra antes?

—Porque la Naturaleza las ha defraudado. Habiéndoles dado tanto, las hace esperar hasta el último esencial. Puramente es una simple cuestión de volumen físico.

—El brontosaurus tenía bastante de eso —dijo Nordsten—, y, sin embargo, el hombre tomó su lugar.

Los labios delgados de Sardón se fruncieron.

—La diferencia de tamaño entre el hombre y el brontosaurus no era nada comparado con la diferencia de tamaño entre el hombre y la hormiga. Hay límites de superioridad de cerebro sobre fuerza muscular... incluso en la superioridad del cerebro de una hormiga, el cual en proporción a su tamaño es dos veces mayor que el cerebro de un hombre. Pero vendrá el tiempo en que...

Su voz se convirtió casi en un murmullo, y en la débil luz de las velas que había sobre la mesa la luminosidad de sus ojos parecía dejar el resto de su rostro en la más profunda sombra.

—Con la hormiga, la Naturaleza se ampliará a sí misma. La hormiga estuvo lista para ocupar su lugar a la cabeza de la creación antes de que la creación estuviera lista para ella... antes de que el sistema solar hubiera progresado lo bastante para darle las condiciones en las cuales su cuerpo y su cerebro, el cual con todas sus intrínsecas cualidades es más fino que el cerebro de un hombre, pudieran adquirir el tamaño en el cual todas sus potencialidades puedan desarrollarse. Sin embargo, cuando el sistema solar sea más viejo y el Sol se muestre rojo porque el blanco corazón de su fuego se haya agotado y la luz roja acelere el desarrollo de todas sus células vivas, a la hormiga le habrá llegado su turno. A menos que la Naturaleza halle un instrumento más veloz que el tiempo para poner en orden su error...

—¿Importa eso? —preguntó «El Santo».

El semblante de Sardón pareció flamear.

—Importa. Esta es otra cosa que nosotros podemos aprender de las hormigas: que el provecho individual y la ambición no cuentan para nada. Escuchen. Cuando yo era un muchacho amaba a las pequeñas criaturas. Entre ellas mantenía una colonia de hormigas en una caja de cristal. Yo observaba sus atareadas vidas, las estudiaba cuando construían sus nidos y veía cómo dividían su labor y cómo vivían y morían para que su vida común pudiera continuar. Las amaba porque eran mucho mejores que infinidad de personas que yo conocía. Pero los otros muchachos no podían comprenderlo. Pensaban que yo era blando y estúpido. Siempre estaban atormentándome. Un día encontraron mi caja de cristal con las hormigas. Yo luché contra ellos, pero eran muchos. Eran grandes y crueles. Hicieron un fuego y arrojaron a las llamas mi caja, mientras me sujetaban a mí. Yo vi a las hormigas correr, luchar, debatirse insanamente... Las vi encogerse y retroceder, completamente torturadas. Pude oír el silbido que producían al ser quemadas por las llamas. Las vi volverse locas, retorcerse... ennegrecerse... *arder vivas ante mis ojos...*

—¡Tío!

La voz serena de Carmen resonó suavemente sobre el tono chillón con que habían sido pronunciadas las últimas palabras, tan tranquila y normalmente que fue sólo gracias al contraste por lo que Simón pudo darse cuenta de que Sardón no había realmente alzado su voz.

El fuego intenso desapareció lentamente de los ojos de Sardón. Por un momento su rostro permaneció duro y frío, y después, como si hubiera sufrido solamente un ligero lapso de atención, pareció volver a despertar con un ligero estremecimiento.

—¿Dónde estaba yo? —dijo tranquilamente—. ¡Ah, sí! Estaba hablando de la inteligencia de las hormigas... Es una equivocación suponer que porque no hagan ningún sonido audible no tienen excelentes modos de comunicación como nosotros mismos. Si ellas comparten la condición telepática de otros insectos es un punto

discutible, pero es seguro que en sus antenas poseen un idioma adecuado a todas sus necesidades. Mediante un atento estudio y la observación nos ha sido posible conocer algunos de sus gestos elementales. El trabajo de Karl Escherich...

Continuó dando detalles en el mismo tono incisivo con el cual había estado hablando antes de su explosión.

Los dedos de Simón Templar se deslizaron sobre el metal, hallaron una miga de pan y amasándola poco a poco hicieron con ella una bolita suave y redonda. Dirigió una mirada casual a la muchacha. Su rostro ovalado estaba pálido, pero esto podía ser en ella una característica natural, toda vez que su compostura aparecía inalterable. Era como si la explosión de Sardón no hubiera nunca tenido lugar y ella no la hubiese interrumpido. De todos modos, «El Santo» creyó ver una sombra de temor en el fondo de sus ojos.

Incluso después que Carmen hubo dejado la mesa y la habitación se colmó con los confortables aromas del café y los licores, del coñac y los cigarros, Sardón siguió hablando de su manía. Estuvo hablando de ello casi una hora hasta que, en un raro momento de silencio, Nordsten dijo:

—En todo caso, doctor, usted se muestra muy misterioso acerca de sus experimentos.

Las manos de Sardón permanecían sobre la mesa, blancas e inmóviles, con los dedos extendidos.

—Hasta ahora no he dicho nada porque mis trabajos no estaban listos. Ni siquiera a mis amigos me gusta mostrarles algo incompleto. Pero en las últimas semanas he adquirido un poco más de seguridad. Esta noche, si ustedes quieren, puedo mostrarles algo.

—Nos sentiremos muy honrados.

La suave opresión de las manos de Sardón sobre la mesa aumentó cuando empujó hacia atrás su silla y se levantó.

—Mi laboratorio está al final del jardín —dijo.

Apagó de un soplo las cuatro velas, y cuando ellos se levantaron y lo siguieron, Nordsten tocó a Simón en el brazo y le dijo en voz baja:

—¿No lamentas que te haya traído?

—No lo sé aún —contestó «El Santo» prudentemente.

Carmen se les reunió cuando dejaron la casa. Simón la vio avanzar a su lado a la pálida luz de la luna. Arrojó la colilla de su cigarro y ofreció su pitillera. Se detuvieron un momento mientras le daba lumbre. Ninguno de los dos habló, pero el brazo de ella se deslizó por debajo del suyo cuando reemprendieron la marcha.

El resplandor de luces que Sardón encendió en el interior de su laboratorio apartó de sus ojos la sensación de la plateada oscuridad del exterior con un brillo áspero y resplandeciente. En contraste con el elegante mobiliario de la casa, las frías paredes blancas y las desnudas losas del suelo afectaron la visión sensitiva de «El Santo» con

el estremecimiento que unos lugares como aquellos le producían siempre. Pero el laboratorio de Sardón no era como otros lugares de esta clase.

Alineadas a lo largo de las paredes había filas de grandes cajas de cristal en las cuales podían vislumbrarse informes montones de cascotes. La mirada de Simón Templar fue atraída por un movimiento en una de las cajas, y avanzó unos pasos para mirar más de cerca. Casi en el mismo momento se detuvo y a punto estuvo de retroceder al darse cuenta de que lo que estaba mirando era la hormiga más larga que había visto en su vida. Tenía seis pulgadas de largo y, magnífica en esta proporción, se veía cada juntura en su brillante armadura plateada y las curiosas y bifurcadas garras al final de sus patas. Permanecía allí con sus antenas moviéndose suavemente, observando a «El Santo» con unos ojos que parecían unas cuentas de cristal.

—*Tetramorium cespitum* —dijo el doctor Sardón, colocándose a su lado—. Uno de mis experimentos más recientes. Su tamaño natural es de unas tres décimas de pulgada, pero no responde muy bien al tratamiento.

—Yo diría que responde heroicamente —repuso «El Santo»—. ¿Quiere decir que puede hacerlo aún mejor que esto?

Sardón sonrió.

—Es uno de mis últimos experimentos —repitió—. Entonces estaba simplemente tratando de mejorar el trabajo de Ludwig y de Ries de Berne, que criaron insectos gigantes casi como éste con ayuda de la luz roja. Subsiguientemente yo descubrí otro principio de desarrollo que ellos habían mirado por encima y encontré que un cruce artificial y selectivo entre diferentes especies no solamente mejora el tamaño sino que también aumenta la inteligencia. Este es uno de mis últimos resultados... una combinación de *Oecophylla smaragdina* y *Prenolepsis imparis*.

Se dirigió a una de las cajas más largas y más anchas que había al final de la habitación. Al principio, Simón no pudo ver otra cosa que un gran montón de ramitas y hojas amontonadas en un rincón. Había dos o tres huesos, roídos y blancos sobre el suelo arenoso de la caja...

Sardón dio unos golpecitos sobre el cristal y Simón vio con un estremecimiento de horror que lo que había sido un oscuro agujero en el montón de hojas no estaba vacío. Había una cabeza atisbando fuera de la oscuridad: una, cabeza de un bronceado verde, iridiscente, cubierta de unos cabellos claros y cerdosos...

—*Oecophylla* es, por supuesto, una de las más avanzadas especies —explicó Sardón con su tono tranquilo y preciso—. Es la única criatura conocida, además del hombre, que usa una herramienta. Las larvas segregan una sustancia similar a la leche, con la cual las hormigas tejen hojas para hacer sus nidos. Sostienen a las larvas en sus garras y las usan como lanzaderas. Yo no sé aún si mi híbrida ha heredado ese instinto.

—Sin embargo, parece un animalito encantador —murmuró «El Santo» pensativamente—. Una especie de falderillo mejorado, ¿no?

Una débil y astuta sonrisa se mantenía fija en los delgados labios de Sardón. Dio dos pasos, más, hacia una amplia puerta corredera que se elevaba en la pared, al final del laboratorio, y miró hacia atrás de costado.

—Quizá les guste ver al futuro rector del mundo —dijo tan suavemente que pareció como si todos hubieran cesado de respirar Cuando él habló.

Simón se dio cuenta de que la muchacha contenía la respiración a su lado y Nordsten dijo apresuradamente:

—Probablemente ya le hemos ocasionado a usted bastantes molestias...

—A mí me agrada verlo —dijo «El Santo» tranquilamente.

Sardón se humedeció los labios. Extendió su mano y movió un par de palancas que había en los resplandecientes tableros de cuadrantes y conmutadores al lado de la puerta. Su mirada se volvió hacia «El Santo» con una expresión extraña y, sin embargo, de pueril felicidad.

—Lo verá desde donde está. Debo pedirles que se mantengan absolutamente callados para no atraer la atención sobre ustedes mismos. Aquí dentro hay encerrada una *Dorylina*. La *Dorylina* es una de las especies más inteligentes y altamente disciplinadas, pero es también la más salvaje. No deseo que se encolerice...

Extendió la mano a la manija de la puerta. La hizo deslizarse con un movimiento y permaneció de espaldas a ella.

La mano fría de la muchacha tocó la muñeca de «El Santo». Sus dedos se deslizaron sobre su mano y la aferraron de un modo convulsivo. Simón oyó la exclamación que Ivar Nordsten contuvo en su garganta, y un glacial hormigueo recorrió su espina y un pegajoso sudor inundó su frente.

La luz roja de la habitación que había al otro lado de la puerta se derramó como fuego líquido, tan intensa y vívida que pareció como si hubiera brotado del ardiente corazón de un horno repentinamente abierto, pero despidiendo sólo un ligero calor. Palpitantes arcos carmesíes se alineaban a lo largo de las cornisas del interior de la estancia entre un laberinto de brillantes tubos y retorcidos alambres. Frente a ellos había una gran esfera de cristal en la cual una pálida raya amarilla flameaba con un murmullo suave. La luz arrancaba reflejo escarlata de las relampagueantes barras de una gran jaula de metal como un gigantesco gallinero situado en el centro de la habitación a una yarda de las paredes. Y dentro de la jaula un animal monstruoso e increíblemente inmóvil los miraba fijamente.

Años después, Simón volvería a verlo a veces en inquietos sueños. Era un animal inmenso y terrible, reluciente como el cobre bruñido, que se balanceaba sobre sus angulosas patas como barras de metal plateado. Sólo lo vio unos segundos y la mayor parte de este tiempo mantuvo fijos en él sus ojos fascinados, comprendiendo algo que nunca había creído antes...

Después, de pronto, el animal se movió, suave, horriblemente y sin emitir sonido alguno. Sardón cerró de golpe la puerta apagando la luz roja dolorosa para los ojos y dejando sólo la austera y fría blancura del laboratorio.

—No todos son como falderillos —dijo como en un murmullo.

Simón sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente. Lo último de esta fantástica escena que se le quedó grabado en la memoria fue los dedos de la muchacha relajando el tenso apretón de su mano y los ojos de Sardón, blandos y eficientes otra vez, firmemente fijos en ellos con una especie de secreto desprecio...

—¿Qué piensas de nuestro amigo? —preguntó Ivar Nordsten cuando volvían a casa dos horas después.

Simón se encogió de hombros.

—Es un lunático, y desde luego tú lo sabes. Sólo me pregunto si es inofensivo.

—Tú has debido simpatizar con su desprecio por la raza humana.

El resplandor rojo del cigarrillo de «El Santo» se hizo más intenso y por un instante el interior del coche pareció llenarse con un pálido reflejo de la luminosidad carmesí sobrenatural que habían visto en la estancia del doctor Sardón.

—¿Simpatizas tú con su afecto por sus animalitos? —preguntó «El Santo».

—¿Te refieres a esas enormes hormigas? —dijo Nordsten, estremeciéndose involuntariamente—. No. Esa última... era la cosa más espantosa que he visto nunca. Supongo que estaba realmente viva, ¿no?

—Efectivamente —contestó «El Santo» firmemente—. Por eso me pregunto si el doctor Sardón es inofensivo. Yo no sé qué has visto tú en ese animal, Ivar, pero he de decirte que a mí me ha helado la sangre.

Y no a causa de su tamaño... aunque cualquier común hormiga de jardín resultaría bastante terrible si tuviera esas dimensiones. Hay algo peor que eso. Para mí ha sido la prueba de que Sardón tiene razón. Esa hormiga estaba mirándome no como cualquier otro insecto de los que yo haya podido ver, sino como podría mirar un insecto con un cerebro humano. Eso ha sido para mí lo más terrible.

Nordsten le miró.

—¿Quieres decir que crees que esos seres dirigirán el mundo un día?

—Por sí mismos, no —contestó Simón—. Pero si no es por sí mismos...

No acabó la frase, y los dos permanecieron silenciosos el resto del viaje. Antes de irse a la cama, «El Santo» hizo una pregunta más:

—¿Qué otras personas están enteradas de esos experimentos?

—Nadie, creo. Él me dijo el otro día que no estaba preparado para hablar de ello a nadie hasta que pueda mostrar un resultado definitivo. Yo le presté algún dinero para que pudiera continuar su trabajo, y esta es la única razón de que me haya tomado por confidente. Me he quedado sorprendido cuando nos ha mostrado su laboratorio esta noche, pues nunca había hecho mención de enseñármelo...

—Entonces es que está convencido de que ahora puede mostrar una obra acabada —dijo «El Santo» tranquilamente.

La mañana siguiente seguía aún preocupado y por la tarde no quiso nadar ni jugar al tenis. Permaneció sentado en una silla de la veranda mirando ceñudamente al

espacio y fumando un cigarrillo tras otro hasta que se levantó y comenzó a pasear de un lado para otro como un gato nervioso.

—Realmente por quien estás preocupado es por la muchacha —dijo Nordsten en tono de broma.

—Es lo suficientemente encantadora para que uno se preocupe por ella —repuso «El Santo» francamente—. Creo que volveré allí y le pediré que tome un aperitivo en mi compañía.

Nordsten sonrió.

—Si deseas volver a sentirte un ser humano, adelante —dijo—. Si no vuelves a cenar pensaré que ella ha apreciado tu ansiedad. Yo también probablemente volveré muy tarde. Tengo que asistir a la reunión de un comité en el Club de Golf y la sesión siempre acaba en el bar.

Pero el breve crepúsculo tropical dejó el paso a la noche antes de que Simón hubiera tomado una decisión. Después cogió el «Rolls-Royce» de Ivar Nordsten y condujo lentamente por la carretera hasta que encontró el camino que conducía a través de una arboleda de cipreses a la casa del doctor. Estaba casi dispuesto a comportarse como un estúpido, pero sin embargo cuando los faros del coche enfocaron las puertas de hierro se tocó el bolsillo del pantalón para asegurarse de que llevaba la pistola.

Los árboles se arqueaban sobre el paseo formando un túnel a lo largo del cual el «Rolls» perseguía sus propios haces de luz. El suave zumbido del motor acentuaba más aún que rompía el silencio, de modo que incluso la mente de un hombre endurecido y poco imaginativo podía aferrarse al alivio de aquel débil sonido del mismo modo que la mente de un niño se aferra a la luz de una vela como un alivio contra los terrores de la noche. Los labios de «El Santo» se fruncieron cínicamente ante el vuelo de sus propios pensamientos...

Y entonces, cuando el coche dobló un recodo del paseo, Simón vio a la muchacha y pisó bruscamente el pedal del freno.

Las llantas chirriaron sobre el pavimento y el motor se paró. En la mente de «El Santo» relampagueó en aquel instante, cuando todo sonido fue abruptamente destruido, la idea de que la calma que él había imaginado antes había sido tan completa por accidente. Sintió un hormigueo en la espina dorsal y hubo de hacer un esfuerzo para obligarse a sí mismo a abrir la portezuela y apearse del coche.

Ella yacía boca abajo, tendida en el centro del paseo, en el círculo de luz proyectado por los faros. Simón la volvió y levantó su cabeza sobre su brazo. Los párpados de ella se agitaron cuando él hizo aquello. Una especie de gemido brotó de sus labios, y se apartó de él con un movimiento de pánico antes de abrir sus ojos y reconocerlo.

—Querida —dijo—, ¿qué ha sucedido?

Ella se hallaba en sus brazos respirando penosamente, pero no se desvaneció otra vez. Y detrás de él, en aquel ambiente de sofocada tranquilidad, él oyó con toda

claridad el ruido de algo que se arrastraba sobre la hierba que había junto al paseo. Vio cómo ella volvía los ojos hacia atrás y vio también la expresión de horror que se reflejó en ellos.

—¡Mire!

Él hizo un gesto para coger la pistola que llevaba en el bolsillo y durante un segundo se quedó paralizado. En aquella eternidad vio, al fondo de la sombra, iluminada por los reflejos de la luz de los faros, algo grueso e hinchado, de un sucio gris, con la forma de un salchichón enorme. Después la oscuridad se lo tragó de nuevo y su desaparición pareció romper el silencio con cien pequeños ecos.

La muchacha hacía esfuerzos para ponerse en pie. Él la cogió por la cintura, la llevó al interior del coche y cerró de golpe la portezuela. Al saberse rodeados por el acero y el cristal experimentaron los dos un absurdo alivio, el débil e irrazonable alivio que los hombres que se hallan bajo un bombardeo experimentan al cubrirse con unas simples lonas. Ella se recostó contra su hombro, sollozando histéricamente.

—¡Oh, Dios mío...! ¡Dios mío!

—¿Qué ha pasado? —preguntó él.

—Se ha escapado otra vez. Estaba segura de que volvería a huir. Él no puede dominarla...

—¿Ha estado libre antes?

—Sí. Una vez.

Él golpeó un cigarrillo sobre la uña del pulgar y accionó su encendedor. Su rostro era una máscara de bronce y granito en el rojo resplandor del pitillo, pero tenía los nervios de punta.

—Nunca había imaginado una cosa semejante —dijo—. Ni siquiera anoche me fue posible creerlo.

—Él no hubiera debido mostrarles a ustedes eso. A pesar de su deseo de presumir, no hubiera debido mostrárselo. Era su secreto... Y yo lo he ayudado. ¡Oh, Dios, no puedo continuar!

Él la cogió por los hombros.

—Carmen —dijo serenamente—, usted debe irse de aquí.

—Él me mataría.

—Debe irse.

El resplandor de los faros vertían suficiente luz dentro del coche para que él pudiera ver su cara llena de lágrimas y desesperada.

—Está loco —repuso ella—. Debe de estarlo con todas esas horribles cosas... Estoy asustada. Le supliqué que me dejara irme, pero no quiso. No puedo continuar aquí. Sé que me va a suceder algo terrible. Un día le vi coger un perro... ¡Oh, Dios mío, si no hubiera venido cuando él me llamó...!

—Carmen —dijo él, hablando lentamente, poniendo toda su cordura en el tono de su voz—, no debe hablar de ese modo. Ahora está a salvo. Cuídese de sí misma.

Ella movió la cabeza.

—Lo sé. Procuraré dominarme, pero...

—¿Sabe conducir?

—Sí.

El puso en marcha el motor y volvió el coche.

—Conduzca este coche —dijo—. Llévelo hasta las puertas de hierro y espéreme allí. Ese animal estará cerca de la carretera, y a estas horas pasan muchos coches por ella, así es que aunque lo vea, no tiene que asustarse. Lance contra él el coche como si fuera un tanque y arróllelo. A Ivar no le importará, pues tiene muchos más. Y si oye algo, no se preocupe. Espéreme media hora, y si no he vuelto entonces váyase a casa de Ivar y háblele.

⁷ Carmen lo miró incrédulamente.

—¿Acaso pretende usted ir a la casa?

—Naturalmente. Y eso que estoy asustado.

La sombra de una sonrisa afloró a sus labios, pero después su rostro se mostró severo y frío.

—Tengo que hablar con su tío.

La cogió del brazo un momento, la besó ligeramente y se apeó del coche. Sin mirar hacia atrás se apartó apresuradamente del vehículo y se dirigió hacia la casa. Una linterna en su mano izquierda lanceaba la oscuridad con su poderoso rayo de luz y él la movía de izquierda a derecha mientras caminaba manteniendo la pistola en la mano derecha. Aguzaba el oído para percibir en la oscuridad lo que sus ojos no podían ver y exploraba el silencio con objeto de captar cualquier ruido que pudiera servirle de advertencia. Pero se empeñó en no mirar hacia atrás. Tenía húmedas las palmas de las manos.

Por fin se vio delante de la casa. Se desvió hacia un lado del edificio, siguiendo la dirección en que le parecía recordar que se hallaba el laboratorio del doctor Sardón. Casi en seguida vio las ventanas iluminadas a través de los árboles. Un ruido sordo llegó hasta él, seguido de una especie de furioso aporreamiento. Procuró reprimirse, y al avanzar más apresuradamente algunas de las luces de las ventanas se apagaron. La puerta del laboratorio se abrió cuando la última luz estuvo apagada, y su linterna destacó la presencia del doctor Sardón en el umbral.

Sardón estaba pálido y desgredado y todo él ofrecía muy mal aspecto. Una de sus mangas estaba rota y en su rostro había un arañazo del que brotaba sangre. Se apartó de la luz como si le quemara.

—¿Quién es? —gritó.

—Simón Templar —contestó «El Santo» con un tono trivial—. He venido a saludarle.

Sardón hizo girar el conmutador y entró en el laboratorio. «El Santo» le siguió.

—Ha venido a saludarme, ¿eh? Bien... ¿Por qué no? ¿Va usted detrás de Carmen, por casualidad?

—Casi he andado sobre ella —contestó «El Santo» suavemente.

La vaga mirada del doctor se fijó en su semblante.

Las manos le temblaban y un pequeño músculo en la comisura de su boca se agitaba espasmódicamente.

—Por supuesto —dijo vacuamente—. ¿Está bien?

—Está completamente a salvo —contestó Simón.

Había ocultado su pistola antes de que el otro la viera y le puso una mano suavemente sobre el hombro.

—Han tenido complicaciones aquí, ¿verdad?

—Ella ha perdido la serenidad —replicó Sardón furiosamente—. Ha huido y es lo peor que ha podido hacer. Esos seres comprenden y ahora me es difícil mantenerlos bajo mi dominio. Me desobedecen. Mis órdenes deben parecerles estúpidas a sus poderosos cerebros. Si no hubiera sido porque no le ha llegado aún su hora...

Se calló de pronto.

—Lo sé —dijo «El Santo» con tranquilidad.

El doctor lo miró fijamente.

—¿Lo sabe? —repitió astutamente.

—Sí. La he visto.

—¿Esta noche?

Simón movió la cabeza.

—Usted no nos lo dijo anoche —dijo—. Pero yo estaba preocupado. He estado pensando en ello todo el día.

—Usted ha estado pensando, ¿eh? Es curioso —repuso Sardón riendo fríamente—. Bien, usted tiene razón. Yo lo he conseguido. He tenido éxito. Ya no trabajaré más. Esos seres pueden desenvolverse por sí mismos ahora. Es curioso, ¿verdad?

—Ciertamente. Reconozco que estaba equivocado.

Sardón se acercó más a él.

—¿Usted estaba equivocado? ¡Imbécil! Pero hubiera debido esperarlo de usted. Usted es el ser humano jactancioso que cree que toda la historia del mundo se debe a él y que todas las demás cosas existen solamente para mantener su magnífica presencia sobre la Tierra. ¡Bah! ¿Cree usted que su miserable vida podrá resistir la marcha de la evolución? ¡Sus días están contados! ¡Acabados! Ahí dentro usted puede hallar la nueva raza rectora de la Tierra. En cualquier momento esa hormiga empezará a poner huevos, miles de huevos, de los cuales nacerán hijos e hijas tan grandes como ella, con su poder y su cerebro.

Su voz bajó de tono y prosiguió más despacio:

—Sólo me admira que la Naturaleza me haya escogido como instrumento para situar a esa raza en el puesto que le corresponde.

La llama de sus ojos se apagó y sus facciones parecieron relajarse de manera que su bien definido rostro se hizo blando y absurdo como el rostro de un niño idiota.

—Ya sé lo que es sentirse como Dios —murmuró.

Simón lo cogió por los brazos.

—Doctor Sardón —le dijo—, no debe usted continuar ese experimento.

El rostro del doctor se crispó.

—El experimento ha acabado —estalló—. ¿Está usted ciego? Mire... quiero que lo vea.

Era ancho de espaldas y estaba poderosamente formado, y además tenía la fuerza de los locos. Tiró de «El Santo» con un impulso convulsivo y se dirigió hacia la puerta corrediza que había al fondo de la habitación. De espaldas a la puerta, asió el pestillo.

—Tendrá que luchar contra ellos —dijo roncamente—. Ya no están en la jaula. Los dejaré que salgan aquí y usted verá si puede resistirlos. ¡No se mueva de donde está!

Un revólver apareció en su mano, y «El Santo» se detuvo a cuatro pasos de él.

—Por su propio bien, doctor Sardón —dijo—, apártese de esa puerta.

El doctor le miró torcidamente.

—Usted quiere quemar mis hormigas —murmuró.

Se volvió y corrió el pestillo. La puerta había empezado a moverse cuando Simón le metió dos balazos en el corazón.

Simón estaba sentado en la veranda, sorbiendo un *highball* y quemando mosquitos con la colilla de un cigarrillo cuando Nordsten se apeó de su coche. «El Santo» lo miró con una sonrisa.

—¿Aquí estás? —preguntó, sorprendido, Nordsten—. Creía que estabas en el fuego.

—¿En qué fuego? —preguntó Simón inocentemente.

—¿Es que no lo sabes? Todo el laboratorio de Sardón está en llamas. Me he enterado en el club y me he dirigido allí pensando que te encontraría. Pero no estaban ni Sardón ni su sobrina. Él sufrirá un terrible choque cuando lo sepa. El lugar está absolutamente destruido. Yo no había visto nunca un incendio semejante. Parece como si el edificio hubiera sido rociado con gasolina. Hacía demasiado calor para acercarse, pero supongo que todo su trabajo ha quedado destruido. ¿Has visto a Carmen?

«El Santo» señaló hacia la puerta.

—En este momento está durmiendo en tu mejor habitación —contestó—. Le he dado bastantes pastillas, para que no se despierte hasta la hora del desayuno.

Nordsten lo miró.

—¿Y dónde está Sardón? —preguntó lentamente.

—En su laboratorio.

Nordsten se sirvió un *highball* y se sentó.

—Cuéntame lo que ha pasado —dijo.

Simón le contó toda la historia. Cuando acabó, Nordsten permaneció silencioso un rato, Después dijo:

—Has obrado bien, desde luego. Un fuego como ese ha debido destruir toda evidencia. Creerán que ha sido un accidente. ¿Pero qué hay acerca de la muchacha?

—Le he dicho que su tío había cerrado la puerta con llave y se ha negado a dejarme entrar. Ella declarará que Sardón no estaba en su sano juicio.

—¿Lo hubieras hecho de todos modos, Simón?

«El Santo» movió la cabeza.

—Creo que sí. Estaba preocupado por ello desde anoche. Se me ocurrió que si cualquiera de esos brutos criaba... Y cuando he visto aquella terrible hormiga, he comprendido que la cosa había ido demasiado lejos. No sé lo rápidamente que pueden reproducirse las hormigas, pero me imagino que lo hacen a millares. Y de haberse desarrollado muchos millares con el mismo tamaño y la misma inteligencia del espécimen de Sardón, ¿quién sabe cuál podía haber sido el resultado?

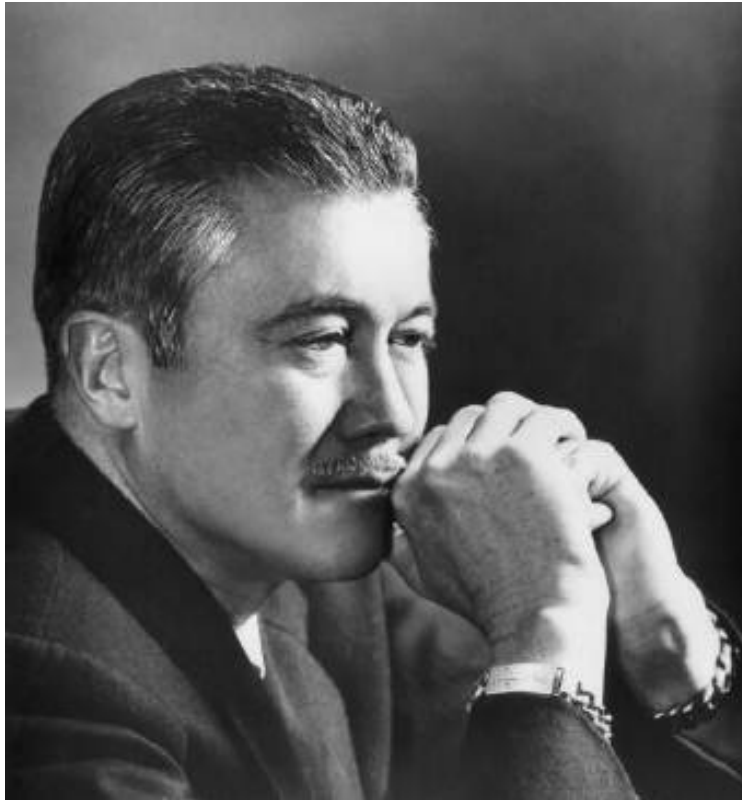
—Pero yo creía que a ti te desagradaba la raza humana —observó Nordsten.

Simón se levantó y paseó a lo largo de la veranda.

—Considerada como masa —dijo—, probablemente seguirá produciéndome náuseas. Pero no es tarea mía alterarla. Si Sardón tenía razón, la Naturaleza hallará su propio remedio. Pero el mundo tiene millones de años por delante, y yo creo que la evolución puede esperar.

Su cigarrillo saltó sobre la baranda y se desvaneció en la oscuridad como una luciérnaga, cuando el mayordomo salió a anunciar la cena. Y Nordsten y Simón Templar entraron en el comedor juntos.

F I N



LESLIE CHARTERIS (1907-1993), nacido Leslie Charles Bowyer Yin, fue un autor británico principalmente de los géneros de misterio y ficción, así como guionista. Es conocido sobre todo por sus muchos libros en los que hacía crónica de las aventuras de Simon Templar, alias «El Santo».

La biografía personal de Charteris parece sacada de una de sus novelas o colecciones de cuentos cortos. Su padre era un médico chino de rancia ascendencia noble, descendiente directo de la dinastía de emperadores Chang, y su madre una bella mujer inglesa. Antes de aprender inglés, ya hablaba malayo y algunos dialectos chinos. Durante su larga vida, Charteris desempeñó los más variados oficios, como pescador de perlas, buscador de oro, plantador de caucho, minero, conductor de autobuses, policía, camarero, jugador profesional de cartas y en los años treinta, guionista en Hollywood. Sus novelas están traducidas a más de 15 lenguas.

Notas

[1] Azote con nueve ramales. (*N. del T.*) <<

[2] Tribunal central de lo criminal en Londres. (*N. del T.*) <<

[3] El edificio más alto de los EE. UU. (*N. del T.*) <<